

El hombre visible

e

invisible

Charles W. Leadbeater

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.tk

CAPITULO PRIMERO

CÓMO PODEMOS CONOCERLO

El hombre, es un ser extremadamente complejo, y su pasada, presente y futura evolución, constituye un estudio de inagotable interés para todo aquel que sabe ver y comprender. ¿Por qué laboriosas eternidades de gradual desarrollo ha tenido que pasar para alcanzar su actual nivel? ¿Qué grado ha alcanzado actualmente en la larga escala, símbolo de su progreso? ¿Qué nuevas posibilidades de progreso nos oculta todavía el velo del porvenir?

Estas preguntas son de tal índole, que pocos pueden permanecer indiferentes ante las mismas, y en el transcurso de las edades se han impuesto á todo hombre por poco pensador que haya sido.

Numerosas y variadas han sido las repuestas dadas por nuestro mundo occidental: muchas disertaciones dogmáticas han sido expresadas, basadas en diferentes interpretaciones de la alegada revelación; muchas é ingeniosas especulaciones se han formulado, fruto en algunos casos de un razonamiento metafísico estrecho. Sin embargo, el dogmatismo nos ofrece una historia que es en realidad manifiestamente imposible, mientras que la especulación sigue la mayor parte del tiempo un sendero enteramente materialista, esforzándose, no obstante, por alcanzar un resultado satisfactorio, considerando como nulos y no acaecidos la mitad de los fenómenos de que vamos á dar cuenta. En suma, ni el dogmatismo ni la especulación abordan el problema desde un punto de vista práctico, como una cuestión susceptible de ser estudiada y analizada lo mismo que otra ciencia cualquiera.

La Teosofía preconiza una teoría basada en ideas completamente diferentes. No dejando de reconocer, en modo alguno, el valor de los conocimientos que se pueden adquirir, ya sea por el estudio de las escrituras antiguas, ó bien por el razonamiento filosófico, considera por el contrario la constitución y evolución del hombre, como resurgiendo de la simple investigación, y no de la especulación; la considera como apoyada sobre hechos precisos, y no sobre vagas teorías. Sus declaraciones son perfectamente precisas: el pasado, el presente. Y el porvenir del hombre, pueden ser examinados directamente por todo aquel que quiera tomarse el trabajo de prepararse para este estudio. Mirado el destino del hombre desde este punto de vista, manifiéstase como formando parte de un vasto esquema, magnífico, coherente y claramente comprensible, en concordancia con las antiguas enseñanzas religiosas, las que explica, pero que no está en modo alguno bajo su dependencia; se la puede, en efecto, comprobar en todas sus partes por el uso de las facultades internas, que si bien son todavía latentes en la mayor parte de los hombres, han sido ya puestas en práctica por un considerable número de nuestros estudiantes.

En lo concerniente á la historia del pasado del hombre, esta teoría, no solamente se apoya en el testimonio concordante de la tradición de las primitivas religiones, sino que también en el examen de archivos bien distintos; esos archivos pueden ser vistos y consultados por todo aquel que posea el grado necesario de clarividencia para registrar las vibraciones de la materia extremadamente sutil donde están impresas.

En cuanto al porvenir que está reservado á nuestra humanidad, los conocimientos reunidos por esta teoría proceden: 1) de lógicas deducciones sacadas del carácter particular de los progresos ya realizados; 2) de directas informaciones dadas por hombres que han alcanzado determinadas condiciones, que para la mayor parte de nosotros constituirán un estado venidero, más ó menos lejano; 3) de las comparaciones

que pueden establecerse entre los hombres llegados á diversos grados de una avanzada evolución, y aquellos que tienen el privilegio de ponerse en relación con dichos hombres. Nos imaginamos fácilmente que pueda un niño, sin otro conocimiento de las leyes de la naturaleza, darse cuenta de que él crecerá y se convertirá en un hombre, por el solo hecho de que ha crecido ya en cierta medida, y que ve á su alrededor otros niños y jóvenes llegados cada uno á los grados distintos de crecimiento que le separan del estado adulto.

El estudio de la condición actual del hombre, los métodos inmediatamente aplicables para favorecer su evolución, y el de los efectos producidos en esta evolución por sus pensamientos, emociones y acciones, representa para el estudiante de teosofía, un campo de investigación al cual conviene desde luego relacionar con las leyes ya bien conocidas, como principio general, y proceder en seguida á la observación cuidadosa y á la comparación laboriosa de numerosos casos particulares, á fin de comprender en detalle el modo de operar de estas leyes. En efecto: este estudio es una simple cuestión de evidencia, y este libro es publicado con la doble esperanza de ayudar al estudiante serio, que no posee todavía esta facultad, á aprender el modo cómo aparecen el alma y sus vehículos, al clarividente, y por otra parte, ayudar al gran número de personas que comienzan á ejercitar con más ó menos perfección esta facultad, así como á comprender el significado de lo que ven.

Sé muy bien cuán lejos está todavía el mundo en general, de la convicción de que exista la facultad de la clarividencia; pero sé también que todos aquellos que realmente han estudiado esta cuestión, han encontrado una irresistible evidencia en su favor. Podemos permitirnos el tener por nulas las convicciones positivas generalmente expresadas con tanta vehemencia, por aquellos que no lo han estudiado. Yo creo que toda persona inteligente, que se tome el trabajo de leer las historias relatadas en mi pequeño libro sobre «Clarividencia» -historias cuya autenticidad es probada-, y se entere de las obras de donde son extractadas, verá inmediatamente que existe una considerable suma de testimonios en favor de la realidad de esta facultad. Para aquellos que pueden ver por sí mismos, y que diariamente practican de cien maneras diferentes esta visión superior, las negaciones de la ignorante mayoría, que discuten tal posibilidad, le parecerán naturalmente ridículas: para el clarividente no hay, en efecto, motivo de discusión. Si un ciego nos asegurase que la vista física ordinaria no existe y que nos ilusionamos creyendo poseer esta facultad, probablemente juzgaríamos también que no vale la pena de discutir largamente para defender nuestra pretendida ilusión, sino que diríamos simplemente: «Yo veo, esto está fuera de duda; es pues inútil tratar de persuadirme de que no veo; la experiencia diaria me demuestra lo contrario. Por lo tanto, declino toda discusión de los hechos positivos cuyo bien definido conocimiento poseo».

Es precisamente de este modo que piensa el clarividente adiestrado cuando los ignorantes con toda seriedad declaran imaginaria é imposible la clarividencia, de la cual es necesario usar en aquel mismo momento, para leer los pensamientos de los pretendidos sabios que la discuten. No trataré de demostrar en este libro la realidad de la clarividencia: la considero como demostrada y por lo tanto paso á la descripción de lo que ésta permite ver. Tampoco repetiré aquí los detalles sobre los métodos de clarividencia dados en el pequeño libro ya citado; sólo me atenderé á la exposición sucinta de los principios generales, absolutamente necesarios para hacer comprensible la presente obra al lector extraño á toda noción teosófica.

CAPITULO II

LOS PLANOS DE LA NATURALEZA

Antes de exponer los principios generales, es necesario explicar, desde luego, algunos de los hechos descubiertos por medio de esta facultad de la clarividencia. El primer punto, que debe ser claramente comprendido, es esta maravillosa complejidad del Universo que nos rodea... el hecho de que encierra de un modo considerable muchas cosas que no se conocen en el campo de la visión ordinaria.

Todos sabemos que la materia existe en diferentes condiciones, y que es posible cambiar estas condiciones por medio de variaciones de presión ó de temperatura. Tenemos tres estados de materia bien conocidos: los sólidos, los líquidos y los gaseosos; y la ciencia nos demuestra que, bajo ciertas variaciones adecuadas de temperatura ó de presión, todas las substancias pueden existir en cualquiera de estas tres condiciones. Yo creo que todavía existen algunas substancias que los químicos no han conseguido reducir de un estado á otro; pero se cree generalmente, que así como el agua puede ser concentrada en hielo á una baja temperatura y en vapor á una temperatura elevada, del mismo modo todos los sólidos que conocemos podrían convertirse, bajo ciertas condiciones, en líquidos ó en gases. Todo líquido podría convertirse en sólido ó gaseoso, y todo gas podría ser licuado y aun solidificado. Sabemos que el aire mismo ha sido licuado, y que algunos otros gases han sido reducidos á una masa sólida.

La química oculta nos muestra aún otra condición de la materia más elevada que la gaseosa, y en la cual todas las substancias conocidas pueden ser reducidas ó transmutadas; á este estado ó condición de la materia es al que nosotros llamamos estado etéreo. La química oculta, se encuentra con que lo que la ciencia entiende por éter, no es una cosa homogénea, sino simplemente otro estado de la materia, que no es una nueva clase de substancia, sino la materia ordinaria reducida á un estado particular. Podemos tener, por ejemplo, el hidrógeno en su condición etérea en lugar de su condición gaseosa; podemos tener el oro, la plata ó cualquier otro elemento, como sólido, líquido ó gaseoso, ó bien en aquel otro estado más sutil que llamamos etéreo. Del mismo modo que encontramos en nuestro mundo elementos normalmente sólidos, como el oro, otros normalmente líquidos, como el mercurio, y otros normalmente gaseosos, como el oxígeno; del mismo modo, hay substancias que son normalmente etéreas y que habitualmente existen en esta condición; es verdad que por medio de un tratamiento especial, pueden ser cambiadas á la condición gaseosa ó elevadas á un estado más sutil todavía.

La ciencia ordinaria nos habla de un átomo de oxígeno, de un átomo de hidrógeno, ó de un átomo cualquiera de las sesenta ó setenta substancias que los químicos denominan elementos. Teóricamente, ninguno de estos elementos puede ser sometido á una nueva subdivisión, y cada uno de ellos tiene sus átomos propios. . .

La palabra átomo, si damos á esta palabra el valor de la raíz griega de donde procede, significa que no puede ya ser más dividido ni subdividido. No obstante, la ciencia oculta nos dice que muchos hombres de ciencia, han sospechado frecuentemente que estos *sodisant* elementos; no son tales en el sentido literal de la palabra; que aquello que llamamos un átomo de oxígeno ó de hidrógeno, no es el grado último de subdivisión de la materia, y por consiguiente, no es tal átomo, sino una molécula que bajo ciertas condiciones, puede ser descompuesta en átomos. Repitiendo este proceso de separación, se llega eventualmente á un número infinito de átomos físicos definidos, y todos

semejantes; existe pues una substancia como base de todas las substancias, y las diversas combinaciones de estos últimos átomos nos dan lo que la química llama átomos de oxígeno, de hidrógeno, de oro, de plata, de platino, etc. Cuando todos estos átomos son subdivididos, llegamos á un grupo de átomos todos idénticos, con la sola excepción de que los unos son positivos y los otros negativos.

El estudio de estos átomos, así como el de las posibilidades de sus combinaciones, es en sí mismo de un profundo interés, aunque extraño á nuestra presente labor; y aquellos que se sienten especialmente atraídos hacia esta clase de estudios, harán bien en leer el artículo de Mdme. Besant sobre «Química Oculta», que pertenece al último capítulo de «Sabiduría Antigua».

Estos átomos, como hemos dicho, no son los últimos átomos, sino desde el solo punto de vista de nuestro plano físico; es decir, que hay métodos por medio de los cuales pueden ser divididos; pero, cuando son así separados, nos dan una materia perteneciente á una distinta región de la naturaleza. .. materia que ya no se dilata ó contrae según los diferentes grados de calor o de frío á que la sometemos. Esta sutil materia, no es simple, es compleja; y encontramos que también existe en una serie de estados que le son propios, correspondiendo aproximadamente á los estados de materia física que llamamos sólidos, líquidos, gaseosos ó etéreos. Llevando más adelante nuestro proceso de subdivisión, llegamos aún á otro átomo, el átomo de aquella región de la naturaleza que los ocultistas han llamado el Mundo Astral.

Este proceso puede ser repetido, pues subdividiendo este átomo astral, nos encontramos en presencia de otro mundo más elevado y más sutil, aunque siempre material. Una vez más encontramos la materia existiendo en condiciones bien definidas, y en diferentes estados correspondientes á este nivel tan elevado. El resultado final, es que nuestras investigaciones nos conducen á otra clase de átomos... el átomo de la tercera gran región de la naturaleza que la Teosofía denomina Plano Mental. En cuanto nos permiten nuestros conocimientos, no existen límites á esta posibilidad de subdivisión, no hay límite real sino para nuestras capacidades de observación. Sin embargo, sabemos lo suficiente para estar seguros de la existencia de un número considerable de diferentes regiones, siendo cada una, en cierto sentido, un mundo, y en un sentido más extenso, vemos que todas estas regiones constituyen las partes de un todo prodigioso.

En nuestra literatura, estas diferentes regiones de la naturaleza son llamadas planos; será útil en nuestro estudio figurarlos los unos encima de los otros, según los diferentes grados de densidad de la materia de que están compuestos. Estos planos son designados así en el diagrama de la lámina II; pero es preciso darse cuenta de que esta ordenación no es adoptada sino convencionalmente, como un símbolo, y que en ningún caso representa esto los relatos actuales de estos diversos planos. Es necesario no imaginar que éstos están unos encima de otros como los estantes de una biblioteca, sino más bien como ocupando todos el mismo espacio, interpenetrándose los unos á los otros.

Es un hecho reconocido por la ciencia, que, aun en las substancias más densas, jamás se tocan dos átomos; cada átomo tiene siempre su campo de acción y de vibración, cada molécula, á su vez, posee un campo todavía más amplio; de suerte que siempre hay espacio entre estos átomos ó estas moléculas. Cada átomo físico está bañado en un mar astral... un mar de materia astral, que le rodea y llena todos los intersticios de esta materia física en todas las circunstancias posibles. Es universalmente reconocido que el éter interpenetra todas las substancias conocidas, así el sólido más denso, como el gas más rarificado; y así como éste se mueve con toda libertad entre las partículas de la materia más densa, del mismo modo la materia astral lo interpenetra á su vez y se mueve con toda libertad entre sus partículas. La materia mental, á su vez, interpenetra á la materia astral en las mismas condiciones. Estas diferentes regiones de la naturaleza,

no están, pues, separadas en ningún caso en el espacio; todas ellas existen a nuestro alrededor, de suerte que, para verlas o estudiarlas, no tenemos necesidad alguna de movernos en el espacio: basta para esto despertar en nosotros mismos los sentidos por cuyo medio pueden ser percibidas.

CAPITULO III

CLARIVIDENCIA

Llegamos á otra consideración muy importante. Todas estas variedades de materia sutil, no solamente existen en el mundo exterior, sino también en el hombre mismo. No tan sólo posee éste el cuerpo físico que vemos, sino que también posee en su interior lo que podríamos describir como cuerpos apropiados á los diversos planos de la naturaleza, compuestos cada uno de la materia de su plano correspondiente. El cuerpo físico del hombre, contiene la materia etérea sólida que podemos ver (1); y esta materia etérea puede ser vista por el clarividente. En el mismo orden de ideas, un clarividente más desarrollado, y capaz de percibir la materia sutil del plano astral, vería en este nivel al hombre representado ó compuesto por la materia de este plano, y éste sería, en realidad, su cuerpo ó vehículo, apropiado á tal plano. Lo mismo acontece con el plano mental. El alma del hombre, no tiene un solo cuerpo, sino muchos; y cuando éste está suficientemente evolucionado, se capacita para manifestarse en todos los diversos planos de la naturaleza; el hombre posee pues un vehículo apropiado compuesto de la materia de cada uno de aquellos planos, y por estos diversos vehículos le es posible recibir las impresiones de los mundos á los cuales pertenece.

No hemos de creer que el hombre construye él mismo estos vehículos, para las necesidades de su futura evolución, pues cada hombre los posee desde un principio, aunque no sea consciente de su existencia. Nosotros empleamos constantemente, en cierto modo, aunque inconscientemente, esta materia sutil que está en nosotros mismos. Cada vez que pensamos, ponemos en movimiento la materia mental que nos compenetra; este pensamiento, será visto por un clarividente, como una vibración de esta materia, manifestándose al primer momento en el interior del hombre, después, afectando poco á poco la materia de igual densidad en el mundo que le rodea. Pero antes que este pensamiento sea percibido en el plano físico, debe ser transferido de la materia mental á la materia astral; y cuando aquélla haya provocado vibraciones similares en la materia astral, ésta, á su vez; afecta la materia etérea creando en ella vibraciones simpáticas, y esta materia, á su vez, obra sobre la materia, densa del plano físico, la sustancia gris del cerebro.

Así pues, cada vez que pensamos, se efectúa un proceso mucho más complicado de lo que podemos imaginar; de la misma manera, cada vez que experimentamos una sensación cualquiera, pasamos por un proceso del cual somos casi inconscientes. Cuando tocamos una substancia, y la encontramos muy caliente, creemos que retiramos la mano, instantáneamente. Pero la ciencia nos enseña que esta operación, no es instantánea, y que no es la mano la que siente, sino el cerebro; que los nervios comunican la idea de calor intenso al cerebro, el cual telegrafía al instante esta impresión por medio del sistema nervioso, y determina la retirada de la mano. Aquello que nos parece rápido, no es, pues, sino el resultado del proceso gradual. Esta operación, tiene una duración definida que puede ser medida con instrumentos suficientemente delicados; la rapidez de este proceso, es bien conocida de los fisiólogos. Del mismo modo, parece que el pensamiento obra de un modo instantáneo; pero no es así en modo alguno, pues cada pensamiento debe seguir el proceso que he descrito. Cada impresión, transmitida á nuestro cerebro por los sentidos, debe pasar por estos estados variados de materia, antes de alcanzar al hombre verdadero, al Ego, al alma que está en él.

Tenemos pues, una especie de sistema telegráfico entre el plano físico y el alma, y es necesario comprender que esta línea telegráfica, tiene estaciones intermediarias. Las

impresiones no son solamente recibidas en el plano físico; la materia astral que está en el hombre, por ejemplo, no es solamente capaz de recibir una vibración de la materia etérea y transmitirla á la materia mental, sino que puede también registrar las impresiones provenientes de su propio plano y transmitirlas por medio del cuerpo mental al Ego. Así pues, el hombre puede servirse de su cuerpo astral para recibir impresiones y registrar las observaciones del mundo astral que le rodea; de la misma manera podrá servirse de su cuerpo mental para explorar el plano mental y obtener informaciones de dicho plano. Pero, en uno y otro caso, deberá primeramente aprender cómo se hacen estas cosas, es decir, deberá aprender á centralizar su conciencia en el cuerpo astral o en el cuerpo mental, según el caso, como está actualmente localizada en el cerebro físico. He tratado ya este punto en detalle en mi pequeño libro sobre Clarividencia, por lo tanto, no creo necesario repetirlo aquí.

Aunque la ciencia no esté dispuesta todavía á admitir la existencia de estos diversos planos ó grados de materia en la naturaleza, no hay nada en esta hipótesis que contradiga sus enseñanzas. Será útil recordar que todo esto es un tema que se apoya en el conocimiento directo y en la certeza de todos aquellos que lo han estudiado asiduamente, aunque sea presentada al mundo como una mera hipótesis. Al presentar esta teoría ante todo aquel que aborda este problema por la primera vez, estamos lejos de pedirle la fe del carbonero, sino que le invitamos sencillamente á estudiar un sistema. Los grados elevados de la materia, suceden en un orden metódico á aquellos que conocernos ya, de suerte que, si en cierto sentido, puede ser considerado cada plano como un mundo en sí mismo, también es verdad el decir que el conjunto de todos estos planos constituye un mundo todavía más grande, que no puede ser visto, en su totalidad, sino por aquellas almas altamente desarrolladas.

Para que nos ayude á comprender este tema, vamos á presentar un ejemplo, el cual, aunque irrealizable, puede sernos útil proporcionándonos á lo menos una hipótesis sorprendente. Supongamos que en lugar del órgano visual que poseemos, tuviésemos un aparato organizado de diferente manera.

En el ojo humano, tenemos materia sólida y materia líquida; supongamos que cada uno de estos estados de materia fuese capaz de recibir impresiones separadamente, pero cada una solamente del tipo de materia al cual corresponde. Supongamos también que entre los hombres, los unos poseyesen la primera de estas formas de visión, y los otros el segundo. Cada una de estas dos clases de hombres, tendrían, indudablemente, una concepción tan curiosa como imperfecta de nuestro mundo. Imaginemos ahora que dos representantes, uno de cada tipo, se detienen en la orilla del mar; el primero, no pudiendo ver sino la materia sólida, sería completamente inconsciente del océano que se extendería ante él, pero vería, por el contrario, la vasta cavidad formada por el lecho del mismo, con todas sus sinuosidades; los peces y otros habitantes de las profundidades del océano, se le aparecerían como flotando en el aire por encima de este enorme valle. Si hubiese algunas nubes en el cielo, serían para él enteramente invisibles, pues éstas están compuestas de materia en estado líquido; para él, el sol brillaría constantemente durante el día, y le sería imposible comprender por qué razones emite menos calor unas veces que otras, como cuando el cielo está cubierto de nubes. Si un vaso de agua le fuese ofrecido, le parecería vacío..

Comparemos ahora el aspecto que todo esto presentaría á los ojos de un hombre que no pudiese ver la materia sino en su estado líquido. En este estado, sería en verdad consciente del océano; pero, para él, las escarpadas orillas del mismo no existirían; percibiría perfectamente las nubes, pero no se daría cuenta del paisaje en el cual se mueven.

En cuanto al vaso de agua, no podría ver sino su contenido, y le sería imposible comprender por qué milagro el agua contenida en el mismo conservaba la forma dada por el invisible vaso.

Imaginemos estas dos personas describiendo una después de otra el paisaje que ven, seriamente convencidos, uno y otro, de que no puede existir en el universo otro género de vista que la suya, y que todos aquellos que pretenden ver un poco más, ó de una manera diferente, no pueden ser sino soñadores ó embusteros.

Podemos reírnos de la incredulidad de estos observadores hipotéticos; pero es excesivamente difícil para el hombre ordinario, comprender que en proporción á la totalidad de las cosas que pueden ser vistas, su poder visual es tan imperfecto como el de cualquiera de estos dos tipos que acabamos de considerar. También está éste seriamente dispuesto á acusar á todos aquellos que ven un poco más que él, de ser el juguete de su imaginación. Uno de nuestros más comunes errores, es el considerar que el límite de nuestro poder de percepción es también el límite de todo cuanto se puede percibir. La evidencia científica es, hoy día, indiscutible, y la proporción infinitesimal (en comparación al todo) de los grupos de vibraciones que nos permiten ver u oír, es un hecho que no puede ponerse en duda . El clarividente es simplemente un hombre que desarrolla en sí mismo el poder de responder á otra octava de esta escala prodigiosa de posibles vibraciones, y que se capacita de este modo para ver anticipadamente este mundo que nos rodea, que aquellos cuya percepción es más limitada.

CAPITULO IV

LOS VEHÍCULOS DEL HOMBRE

Si nos fijamos en la lámina II , veremos un diagrama que representa los planos de la naturaleza, así como los nombres empleados para designar los vehículos ó cuerpos correspondientes á estos planos.

Es necesario observar, que los nombres de que se sirve la literatura teosófica para designar los planos elevados de la naturaleza, se derivan del sánscrito; en la terminología occidental, no tenemos todavía palabras apropiadas para designar estos mundos compuestos de una materia tan sutil. Cada uno de estos términos, tiene su significado especial, y tratándose de los planos más elevados, solamente nos indican cuán poco conocemos las condiciones de aquellos planos.

La palabra Nirvana, ha sido empleada siempre en Oriente para expresar la idea de la condición espiritual más elevada que se puede concebir. Alcanzar el Nirvana, significa llegar más allá del punto en que la humanidad alcanzará un estado de paz y felicidad por encima de toda comprensión terrestre. El aspirante á esta gloria inefable, abandona de una manera tan absoluta, todo cuanto pertenece á este mundo terrestre, que algunos orientalistas europeos han supuesto á primera vista, pero equivocadamente, que esta condición era la entera aniquilación del hombre, idea que está muy lejos de la verdad. Para conseguir el pleno goce de esta condición espiritual tan elevada, es necesario alcanzar el fin á que la evolución humana debe llegar al finalizar el AEon ó período actual, es necesario convertirse en un adepto, en un hombre que es ya algo más que un hombre.

Un progreso semejante, no será alcanzado por la gran mayoría de la humanidad, sino en el transcurso de ciclos de evolución; pero algunas almas intrépidas á quienes no les arredran las dificultades, que, digámoslo así, pretenden alcanzar el Reino de los cielos por la violencia. podrán llegar á este glorioso resultado en un período de tiempo relativamente corto.

Nada conocemos de los estados superiores de conciencia; tan sólo sabemos que existen. «Para» significa «más allá», y "Maha», «grande»; los nombres de estos estados de conciencia, nos enseñan pues, que; el primero significa «más allá del Nirvana» , y el segundo «el gran plano más allá del Paranirvana». Esto nos demuestra que aquellos que han elegido estos términos hace millares de años, no conocían de estos planos mucho más que nosotros, ó que si los conocían, no encontraron palabras apropiadas para expresar su significado.

La palabra Buddhi ha sido aplicada á aquel principio, ó parte constituyente del hombre, que se manifiesta en la materia del cuarto plano; el plano mental es la esfera de acción de lo que llamamos inteligencia. Es necesario observar que este último plano ha sido dividido en dos partes, designadas en la lámina por dos diferentes colores. Los nombres «Rupa» y «Arupa» significan respectivamente «con forma» y «sin forma». Estos nombres han sido dados para precisar la cualidad de la materia de este plano; en su parte inferior, la materia es rápidamente modelada en distintas formas definidas bajo la acción del pensamiento humano; no sucede lo mismo en la división superior, donde se manifiesta el pensamiento abstracto, al clarividente, en relámpagos ó rayos de luz. En el segundo de nuestros manuales se encontrarán enseñanzas más completas sobre este tema (2).

La palabra «astral» no ha sido elegida por nosotros; la hemos heredado de los alquimistas de la edad media Esta palabra significa «estrellado» , y suponemos que ha sido dada á la materia del plano inmediato superior á nuestro plano físico, en razón

de su apariencia luminosa, de vibraciones rítmicas más rápidas. El plano astral es el mundo de las sensaciones, de las emociones y de las pasiones, y por medio del vehículo del hombre apropiado á este plano, todos sus sentimientos se revelan al clarividente. El cuerpo astral del hombre, tiene pues una apariencia continuamente cambiante, según las emociones que expresa; más adelante volveremos á hablar de este particular y daremos más detalles para su más fácil comprensión.

En nuestra literatura, los planos inferiores, son generalmente representados por medio de ciertos colores, siguiendo para esto la gama que nos dio H. P. Blavatsky en su obra capital, *La Doctrina Secreta*; pero conviene observar que estos colores no son empleados sino como señal distintiva, como símbolos, más bien que como pretendiendo significar de ningún modo la preponderancia de una tonalidad particular en cualquiera de estos planos. Todos los colores conocidos, y otros muchos que no lo son todavía, existen en cada uno de estos planos sutiles de la naturaleza; pero, á medida que nos elevamos de un estado á otro, los encontramos siempre más delicados, más luminosos, y podríamos considerarlos como formando octavas más elevadas. Como se verá más tarde, hemos tratado de reproducir esta idea simbolizando dos diversos vehículos apropiados á estos planos.

Se observará que dichos planos son en número de siete, y que cada uno de ellos, es á su vez dividido en siete subplanos, Este número ha sido considerado siempre como sagrado y oculto, pues se encuentra, en realidad, en la base de toda manifestación. En los planos inferiores, que están al alcance de nuestra investigación, la subdivisión septenaria es muy claramente marcada; y todas las indicaciones recogidas parecen confirmar la hipótesis de que el mismo orden continúa en las regiones superiores, aun por encima de toda observación directa.

A medida que el hombre aprende á funcionar en estas variedades sutiles de la materia, llega á superar una después de otra las limitaciones de la vida inferior. Un mundo de muchas dimensiones se presenta ante él, en vez de uno de tres dimensiones solamente; y este solo hecho le abre una serie de nuevas posibilidades. El estudio de estas nuevas dimensiones, es uno de los problemas más atrayentes, y aquellos que se interesan seriamente por esta clase de estudios, harán bien comenzando á leer los dos volúmenes de la admirable obra de M. C. E. Hinton, *Scientific Romances*.

Sin decir que ayude á alcanzar la visión de los otros planos, no hay método, sin embargo, que ofrezca una concepción tan clara de la vida astral como la que se obtiene por la clara comprensión de la cuarta dimensión del espacio.

Por el momento, no tengo la intención de describir cuánto puede ser adquirido por medio de la maravillosa expansión de la conciencia perteneciente á estos planos elevados; esto ha sido hecho, en parte, en un libro precedente. De momento, no vamos á considerar sino una línea de investigación particular, la cual está relacionada con la constitución del hombre, así como con la manera como éste ha llegado á su actual modo de ser. La historia de su anterior evolución, no puede ser conocida sino por el examen de estos archivos indelebles del pasado, en los cuales, todo cuanto ha existido desde el origen del sistema solar, puede ser manifestado y desarrollado ante los ojos del espíritu; entonces ve el observador cada cosa como si él hubiese estado presente en el preciso momento en que acaeció; pero, además, con la enorme ventaja de que puede retener ante su vista cada escena particular, tan largo tiempo como sea necesario para verificar un profundo examen, o bien pasar una rápida revista, si así lo desea, á los acontecimientos de un siglo entero. Esta maravillosa reflexión de la memoria divina no puede ser consultada con perfecta certeza, en un nivel inferior al plano mental; para que sea fácil la lectura de esta historia del pasado, es necesario que el estudiante sepa servirse cuando menos de su cuerpo mental; y si es bastante privilegiado para ser dueño

de este cuerpo más sutil, o sea del cuerpo causal, su labor será mucho más fácil. Este problema de los anales del pasado, ha sido más ampliamente tratado en mi pequeño libro sobre la Clarividencia (3), al cual remito al lector deseoso de estudiar este tema más detalladamente.

CAPITULO V

LA TRINIDAD

Procuremos comprender ahora, cómo ha venido el hombre á la existencia en medio de este maravilloso sistema de planos de la naturaleza.

Al tratar un tema semejante, nos vemos obligados á entrar en los dominios de la Teología, no para buscar en ella teorías ú opiniones piadosas, sino únicamente lo que constituye un hecho científico.

Cuando compulsamos estos anales, deseosos de descubrir el origen del hombre, ¿qué es lo que vemos? Encontramos que el hombre es la resultante de un espléndido sistema de evolución claramente definido y efectuado, en el cual parece convergen tres corrientes de Vida divina. Una de las sagradas escrituras del mundo, habla de Dios como habiendo hecho al hombre á su imagen, y si se comprende bien esta afirmación, se verá que encierra una gran verdad oculta. Todas las religiones concuerdan, al describir la Divinidad como triple en Su manifestación; se encontrará también que el alma del hombre es triple, existiendo una profunda relación entre estos hechos.

Es preciso comprender bien esto: nosotros no hablamos del Absoluto, del Supremo y del Infinito (pues de El nada sabemos sino que existe), sino que hablamos de la gloriosa manifestación de Aquel que es la gran Fuerza directora, ó la Divinidad de nuestro propio sistema solar, de Aquel que en nuestra filosofía es llamado el Logos del sistema. Todas las disertaciones que hemos podido oír acerca de la Divinidad, todo cuanto se ha dicho de bueno y bello, es verdad, aunque tan á menudo, en nuestros días, se le atribuye a lo que no es bueno, Aquellos que pretenden adorarlo, le atribuyen frecuentemente sus propios vicios y aun cometen la impiedad de acusarle de celoso, colérico, vengativo y cruel. Una blasfemia tan abominable parecería menos odiosa en labios de un salvaje del Africa Central, que no tiene otra concepción del poder que la que se manifiestan por la cólera ó alteración de la sangre; pero para las personas que se creen civilizadas no hay la menor excusa, y aquellos que acusan de este modo á la causa de toda Bondad y de todo Amor, cometen un crimen cuyas tristes consecuencias no pueden ser claramente calculadas. Pero todo el bien que hemos oído decir de Dios; el amor, la sabiduría, el poder, la paciencia y la compasión, la omnisciencia, la omnipresencia, la omnipotencia; todo esto, y mucho más todavía, es cierto en lo que se refiere al Logos solar, pues en verdad es en El en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser.

Es necesario tener presente que en Teosofía, no hacemos de esta verdad el objeto de una piadosa opinión ó un artículo de fe; para el investigador clarividente, la existencia de este gran Ser es de una certeza definida; no es que un desarrollo determinado del hombre pueda conducirle á verle de hecho, sino que desde el momento que estudiamos la vida en los planos superiores, la indiscutible evidencia de Su acción, así como del objeto que El persigue, nos compenetra en un todo.

Tal como se nos manifiesta en su obra, el Logos solar es, indudablemente, triple; tres, y sin embargo, uno, como desde largo tiempo la religión nos lo ha enseñado. En las antiguas fórmulas de la Iglesia, hay mucho, sobre este punto, que á primera vista parece casi incomprensible; y sin embargo, á la luz de las enseñanzas teosóficas, se ve que su conjunto es una representación notablemente exacta y muy bella de la verdad, aunque en diferentes partes hayan sido intercalados algunos pasajes del más degradado materialismo. La verdadera belleza del Credo de Atanasio, por ejemplo, no puede ser comprendida sino cuando se le estudia versículo tras versículo, con la ayuda de diagramas teosóficos.

No está en nuestro ánimo el pensar describir explícitamente esta divina manifestación, pues está muy por encima de nuestro poder de representación y de comprensión; pero sin embargo, una mínima parte de su acción, puede, hasta cierto punto, ser puesta á nuestro alcance, y para esto nos servimos de algunos símbolos sencillos, como los que figuran en la lámina II. Se verá que, en el plano más elevado (el séptimo) de nuestro sistema, la triple manifestación de nuestro Logos, está representada por tres círculos que simbolizan Sus tres aspectos.

Cada uno de estos aspectos representa tener sus cualidades y sus facultades propias. En Su primer aspecto, no puede manifestarse en un plano inferior al plano más elevado, mientras que, en el segundo, tiene el poder de descender al plano inmediatamente inferior (el sexto plano) y atraer á Su alrededor la materia del mismo; al manifestarse así, el Logos se ha diferenciado en cierto modo del primer aspecto del cual ha emanado. En Su tercer aspecto, desciende hasta la parte superior del quinto plano y atrae hacia sí la materia correspondiente á este nivel, esto es lo que llamaremos la tercera manifestación. Es necesario observar que estas tres manifestaciones, son enteramente distintas una de otra en sus planos respectivos; y sin embargo, nos bastará seguir las líneas marcadas por puntos en la lámina, para persuadirnos de que estas personas distintas no son en realidad sino aspectos del Uno. Si consideramos estos aspectos como personas, son en realidad bien distintas cada una en su propio plano; diagonalmente, no tienen ninguna relación aparente, y, sin embargo, perpendicularmente están unidas en este nivel superior donde las Tres no son más que Una.

Ahora comprenderemos la insistencia de la Iglesia en decir «que la fe católica consiste en adorar un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en el Uno, sin confundir jamás las personas ni separar las substancias»; es decir, que no debemos confundir jamás en nuestro espíritu, la obra y las funciones de las tres manifestaciones distintas, cada una en su propio plano, y que, sin embargo, no debemos olvidar jamás la Eterna Unidad de la «substancia», la cual constituye la base de todas las cosas en el plano superior.

Es sumamente instructivo el comprender el verdadero significado de la palabra persona. Esta palabra está compuesta de las dos palabras latinas per y sana, y significa «aquello por medio de lo cual el sonido se transmite» -la vestidura del actor destinada á representar la parte del papel que el artista debe desempeñar-. Del mismo modo llamamos «personalidad» á la serie de vehículos inferiores y temporales que toma el alma cuando desciende á la encarnación. Lo mismo sucede con las distintas manifestaciones del Uno, en los diversos planos; éstas son, en verdad, consideradas como personas.

Así pues, vemos que se puede decir: “Una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero la Divinidad del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo es una, su gloria es la misma, y es coeterna su majestad.”

En realidad, las manifestaciones son distintas, cada una en su propio plano, y consecutivamente, la una parece inferior á la otra, y sin embargo sólo hemos de remontarnos al séptimo plano, para comprender que “en esta Trinidad, no hay nada anterior ni posterior, más grande ni más pequeño, sino tres personas iguales y coeternas”. Así pues, “cada persona es por sí misma Dios y Señor. . . y, sin embargo, no son tres Dioses, ni tres Señores, sino un solo Dios, un solo Señor”.

De este modo vemos cuán clara y luminosa es la exposición de los atributos del segundo aspecto del Logos, así como de su descenso en la materia. Esto, como se verá en la lámina m, encierra aún otro significado más profundo; pero lo que es verdad respecto á este sublime descenso del Logos en la materia, lo es también para aquello de lo cual acabamos de hablar; pues, cuando consideramos el aspecto de esta segunda persona de

la Trinidad en el plano más elevado, como Divinidad esencial que anima la manifestación en una materia relativamente inferior, aunque esté más allá de nuestra comprensión, vemos que El es «Dios por la substancia de su Padre, engendrado antes de los mundos (ó siglos), mas hombre, por la substancia de su madre, nacido en el mundo (ó siglos)» . Y cuando lo consideramos como un aspecto de la Divinidad, vemos que existía antes del sistema solar; pero su manifestación en la materia del sexto plano no se verificó sino cuando el sistema ya existía.

Así pues, «aunque sea Dios y hombre, no son dos en modo alguno, sino un solo Cristo; uno solo, no por el descenso de su divinidad en la carne, sino por la ascensión de su humanidad en Dios» . Uno solo, no solamente á causa de la Unidad esencial, sino en virtud de su glorioso poder de elevar con El todo cuanto ha sido adquirido por el descenso en la materia inferior. Pero esto concierne más esencialmente al más sublime y divino descenso, que hemos representado en la lámina III.

El cisma más grande que jamás ha podido producirse en la Iglesia cristiana, es el de la división de las ramas del Oriente y las del Occidente, el de las Iglesias griega y romana. Aunque las consideraciones políticas y financieras hubiesen predominado en realidad, en esta separación, la razón doctrinal que sirvió de pretexto, fue la supuesta corrupción de la verdad, que se realizó en el concilio de Toledo en el año 589, con la introducción en el Credo de la palabra *filioque*. La cuestión se resumía á esto: ¿,Procede el Espíritu Santo del Padre solo, ó bien del Padre y del Hijo? -En interés de la unión de estas Iglesias, una cuestión tan subversiva, tan alejada de todo humano conocimiento, habría podido ser desechada; pero la controversia teológica es siempre ejercida con el mayor arrebató en los problemas más intrincados, menos importantes y de menos interés.

Nuestro diagrama nos permite ver el fondo de la cuestión, y además nos enseña, de una manera bastante curiosa, que los dos antagonistas tenían razón, y que, si hubiesen comprendido el problema que discutían, el cisma no hubiera tenido razón de ser.

La Iglesia romana, sostenía razonablemente que no podía haber manifestación de una Fuerza que perteneciendo al séptimo plano se manifestara en el quinto, sin que hubiese dejado señal de su paso en el plano intermediario, el sexto; así, afirmaba esta Iglesia, que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo. Por otra parte, la Iglesia griega, se atenía absolutamente á la distinción de las tres manifestaciones, y con razón protestaba ella contra toda teoría de procesión (4) de la primera manifestación á través de la segunda; esto podríamos figurarlo en nuestro diagrama por medio de una línea diagonal tirada á través de la primera, segunda y tercera manifestación.

La línea punteada, que figura á la derecha de la lámina II, demuestra el modo cómo descende el tercer aspecto de la Divinidad á través de los planos, manifestándose finalmente en el quinto; es, en suma, la clave que soluciona el problema, y nos demuestra la absoluta armonía entre las dos opiniones divergentes.

Comparando la trinidad del alma humana con la Trinidad manifestada por encima de ésta, puede uno darse cuenta de qué maravillosa *ma nera* es hecho el hombre á imagen de Dios. Las concepciones ortodoxas eran de un materialismo tan asombroso, que este texto fue interpretado literalmente como refiriéndose al cuerpo físico del hombre, y ha hecho pensar que Dios, creó el cuerpo del hombre con una forma que predijo sería la que el Cristo elegiría para su uso cuando viniese á la tierra. . . Esto es un notable ejemplo de confusión mental, y sobre todo en un teólogo.

Si damos una mirada á la lámina II, veremos demostrado el verdadero significado de estas palabras. No es el cuerpo físico del hombre, sino la constitución de su alma, la que reproduce, con maravillosa exactitud, el sistema de la manifestación divina.

Así como los tres aspectos de la Divinidad son representados en el séptimo plano, del mismo modo la Chispa divina del espíritu en el hombre presenta una triple apariencia en el quinto plano. En ambos casos, el segundo aspecto de la Divinidad tiene la posibilidad de descender al plano inmediato inferior y revestirse con la materia de este plano; en los dos casos, el tercer aspecto puede penetrar los dos otros planos, siguiendo el mismo proceso. Así pues, en uno y otro caso, existe la Trinidad en la Unidad. . . distinta en su manifestación, pero en realidad una.

Por el momento nos atendremos al hecho de que, cada uno de los tres Aspectos, Personas ó Manifestaciones del Logos, tiene su especial función que cumplir en la preparación y desarrollo del alma.

Con ayuda del diagrama de la lámina III procuraremos explicar cuáles son estas funciones. Del mismo modo que en la lámina II, las subdivisiones horizontales designan los planos, en su parte superior, figuran tres símbolos pertenecientes á la serie descrita por H.P. Blavatsky en la Doctrina Secreta.

El más elevado representa el primer aspecto del Logos, con un punto central, significando la manifestación primordial de nuestro sistema. El segundo aspecto del Logos es simbolizado por un círculo, dividido por un diámetro; ésta es la expresión de la doble manifestación siempre relacionada con la segunda Persona de cualquiera de las dos Trinidades; el círculo inferior contiene la cruz griega, uno de los símbolos más comunes de su tercer aspecto.

CAPITULO VI

LAS PRIMERAS EMANACIONES DIVINAS

El primer movimiento que se produce para la formación del sistema, es debido á la acción del tercer aspecto del Logos. Antes de que se originase este movimiento, no existía nada, excepto los estados atómicos de la materia correspondientes á cada uno de los planos de la naturaleza; ninguna de las agregaciones ó combinaciones que dan origen á los subplanos inferiores habían sido aún formadas.

Pero en el seno de la materia virgen (la verdadera Virgen María) se vierte el Espíritu Santo, el Dispensador de Vida, como lo designa el símbolo de Nicea; por la acción de su gloriosa vitalidad, son despertados los átomos y dotados de nuevos poderes de atracción y repulsión; es así cómo se forman las subdivisiones inferiores, de cada plano. Se verá que este proceso está simbolizado en el diagrama por una línea que descendiendo rectamente del círculo inferior, á través de todos los planos, se hace cada vez más ancha y oscura; esto nos demuestra que el Espíritu Divino, á medida de su descenso en la materia, se vela cada vez más, hasta el punto en que apenas se puede reconocer su divinidad.

Esta fuerza viviente, no deja de estar presente á pesar de ser limitada por las formas más inferiores. Los recientes experimentos del profesor Von Shron, en Nápoles, han demostrado hasta la evidencia la existencia de la vida en el reino mineral, demostrando así, de una manera maravillosa, la acción de la primera y segunda de estas grandes y sucesivas emanaciones de la Vida Divina. En la materia de este modo vivificada, viértese á su vez la segunda gran emanación de esta Vida.

La segunda Persona de la Trinidad, se reviste de una forma (se manifiesta) no solamente en la materia «virgen» é improductiva, sino también en aquella en que palpita ya la vida de la tercera Persona; así pues, la vida y la materia le sirven á la vez de vestidura, y se puede decir que «es nacida del Espíritu Santo y de la Virgen María». Este es el verdadero significado de este pasaje capital de nuestro Credo (5).

Lenta y gradualmente se vierte esta corriente irresistible á través de los diversos planos y de los diferentes reinos de la naturaleza, invirtiendo en cada uno de ellos un período de tiempo igual á la duración de la vida de una cadena planetaria (6), período que, medido en la forma con que nosotros medimos el tiempo, representaría millones de años.

Esta oleada es representada en la lámina III, por la línea que partiendo del segundo de los círculos simbólicos, recorre el lado izquierdo del óvalo y se oscurece gradualmente á medida que se aproxima al extremo inferior de la curva. Después de haber alcanzado este punto, comienza á describir el arco ascendente, elevándose á través de los planos físico, astral y mental inferior, hasta que por último, encuentra la tercera gran emanación, figurada por la línea que partiendo del círculo superior, forma el lado derecho del óvalo. Dejemos por el momento este punto de unión de las dos emanaciones divinas, que estudiaremos detalladamente un poco más adelante, y ocupémonos del arco descendente.

Con objeto de comprenderlo mejor, examinemos la lámina IV. A primera vista, esta lámina parece muy diferente de la III; pero, de hecho, le corresponde íntimamente; la columna de la izquierda, pintada de diversos colores, representa lo mismo que la curva descendente figurada en el lado izquierdo de la lámina III, y todos los diseños de forma

piramidal que completan este diagrama, representan, en diferentes grados de crecimiento, los primeros estados de la curva ascendente que corresponden al lado derecho de la lámina III.

Según sea el estado de su gradual descenso en la materia, esta emanación recibe diferentes nombres. En su conjunto se le da á menudo el nombre de esencia monádica, sobre todo cuando no se reviste más que de la materia atómica de los diversos planos; pero cuando en su curso descendente, aplica su energía á la materia que corresponde á la parte superior del plano mental, entonces es llamada el primer reino elemental. Después de haber empleado toda la duración de una cadena planetaria en efectuar esta evolución, desciende á los niveles inferiores ó rúpicos del mismo plano, y anima entonces el segundo reino elemental durante otro período igual. El período siguiente transcurre en los niveles del plano astral, donde esta emanación es llamada el tercer reino elemental, ó más á menudo la esencia elemental del plano astral. En estos dos últimos estados, está íntimamente ligada al hombre, pues toma gran parte en la composición de sus diversos vehículos é influye en sus pensamientos y acciones.

Aquí nos apartamos de nuestro objeto, y para una descripción más detallada de la acción ejercida por «el elemental del deseo» y «el elemental mental», remitimos á nuestros lectores á otras obras teosóficas.

Cuando esta gran oleada de vida y de fuerza divina alcanza el punto más bajo de su carrera, inmerge en la materia física; á partir de este período y durante los primeros momentos de su curso ascendente, anima esta energía el reino mineral de la cadena planetaria en la cual actúa. En este estado evolutivo se le llama algunas veces “mónada mineral”, luego es llamada “mónada vegetal”, y por último “mónada animal”. Mas estos términos son algo erróneos; parecen, en efecto, sugerir la idea de que una sola y gran mónada anima al reino en conjunto.

Ni aun cuando esta esencia monádica se manifiesta por la primera vez en el primero de los reinos elementales, es jamás única (ú homogénea), sino múltiple: y no existe una sola y gran corriente de vida, sino muchas corrientes paralelas, cada una de las cuales tiene sus características. El proceso entero tiende constantemente hacia la diferenciación, y á medida que estas corrientes descienden de reino en reino, se dividen y subdividen más cada vez. Es posible que podamos imaginar esta gran emanación como homogénea en cualquier estado anterior á toda esta evolución, y sin embargo, nadie ha podido verla jamás en esta condición; al finalizar este primer gran estado de evolución, es por último separada en individualidades, habiéndose convertido cada hombre en una alma distinta, aunque todavía poco desarrollada.

En cierto modo, encontramos condiciones intermedias entre los dos puntos extremos; pero siempre hay subdivisiones aun antes del principio del proceso de individualización. No debemos olvidar, que tratamos aquí de la evolución de la vida ó de la fuerza animada por ella, y no de la evolución de la forma exterior; en este caso, la energía en actividad, encierra sin duda alguna las cualidades adquiridas durante la encarnación física. En el reino vegetal, por ejemplo, no tenemos un alma única para una planta aislada, sino un alma colectiva para una enorme cantidad de plantas, y en ciertos casos, tal vez para toda una especie. En el reino animal, esta subdivisión se acentúa, y aunque puede ser verdad el decir que en las formas inferiores de ciertos insectos, pueda animar una alma colectiva millones de cuerpos, en el caso de animales más evolucionados, esta alma colectiva puede representar un número de individuos relativamente reducido.

CAPITULO VII

EL ALMA ANIMAL COLECTIVA

La idea del alma colectiva, parece ser para algunos estudiantes un poco difícil de comprender; mas una comparación de origen oriental, nos la hará tal vez más inteligible. El alma colectiva, se asemeja al agua contenida en un recipiente; si sacamos un vaso lleno de agua de dicho recipiente, tendremos de este modo la representación del alma de un animal aislado. El agua del vaso está separada por un tiempo determinado, del agua del recipiente; ha tomado la forma del vaso que la contiene. Supongamos ahora que introducimos en el vaso cierta cantidad de alguna materia colorante; de este modo hemos comunicado á su contenido un matiz determinado; esta materia colorante, representará, en nuestra hipótesis, las cualidades adquiridas por esta alma aislada, durante su encarnación transitoria .

La muerte del animal, corresponderá al hecho de verter el agua del vaso en el recipiente; la materia colorante se mezcla entonces á la masa total del líquido, y la tiñe débilmente. De una manera semejante las cualidades desarrolladas por el animal durante su vida, irán á formar parte, después de la muerte, de la totalidad del alma colectiva.

Después de esto, sería imposible sacar del recipiente un vaso de agua idéntica á la del primero, y cada vaso sacado de nuevo, será forzosamente matizado con el color introducido por el primer vaso. Si fuese posible sacar del recipiente exactamente las mismas moléculas de agua, de modo que reprodujesen el mismo primer vaso, esto equivaldría á una verdadera reencarnación; pero en lugar de esto, tenemos la reabsorción del alma transitoria, en el alma colectiva, por cuya operación todo cuanto ha sido adquirido durante la separación temporal, es conservado cuidadosamente.

Considerando de una manera general la evolución del reino animal, no es un solo vaso lo que es sacado en un momento dado del recipiente, sino que son sacados muchos vasos simultáneamente, y cada uno de ellos aporta al alma colectiva su parte de cualidades evolucionadas. En el mismo momento se manifiestan muchas cualidades diferentes en cada alma colectiva, y se expresan de una manera inherente á cada animal. De este modo es cómo se adquiere el instinto, pues algunas especies lo poseen al nacer. En el instante en que el pato sale del huevo, busca instintivamente el agua y se sumerge en ella sin miedo alguno, pero con gran desespero de la gallina si es que ella lo ha incubado. En efecto, este fragmento del alma grupo, que se ejercita en un individuo de la especie pato, sabe perfectamente, á causa de las anteriores experiencias, que el agua es su natural elemento, y los más pequeños de sus representantes, no temen seguir en modo alguno su instinto.

Constantemente se observa una tendencia cada vez más definida hacia una subdivisión determinada, la cual se manifiesta de una manera curiosa, que se asemeja á la división de las células.

Podemos imaginar que en el alma colectiva, que podemos suponer animando una gran masa de materia del plano astral, empieza á formarse una especie de película imperceptible, que podríamos compararla á una pared divisora que gradualmente se fuese formando para separar el agua de un recipiente. Al principio, el agua filtraría á través de la delgada pared; supongamos ahora que los vasos de agua que fuesen sacados de una de las dos divisiones fuesen siempre, después de utilizados, vertidos de nuevo en la misma división del recipiente, de suerte que, gradualmente, el agua de un lado se diferenciaría de la del otro; y sigamos suponiendo que el muro divisor se ha hecho impermeable durante este proceso. Entonces tenemos dos recipientes en vez de uno.

Esta operación se repite constantemente hasta que llegamos á los animales más evolucionados, en los cuales, un número relativamente pequeño de individuos, depende de un alma colectiva. Se ha observado que la individualización que separa definitivamente á una entidad del reino animal y la hace pasar al reino humano, no puede verificarse sino en cierta clase de animales: los animales domésticos, y aun no todos. Conviene recordar que nosotros, apenas hemos pasado la mitad de la evolución de nuestra cadena de mundos, y que no es sino al fin de esta evolución, que el reino animal puede esperar alcanzar un cuerpo humano. Se deduce naturalmente, que aquellos de entre los animales que alcanzan ó están próximos á alcanzar la individualización, se hallan considerablemente adelantados á la masa total, y el número de los mismos no puede ser sino muy reducido. Sin embargo, estos casos se presentan algunas veces, y son para nosotros bastante interesantes, puesto que nos enseñan la manera como nosotros mismos vinimos á la existencia en un pasado tan remoto. El reino animal de la cadena lunar, de la cual provenimos, se hallaba en un nivel un poco inferior al reino animal de nuestros días pero los principios que han presidido el proceso de individualización i son siempre los mismos, tanto entonces como ahora.

CAPITULO VIII

EL ARCO ASCENDENTE

Antes de explicar el mecanismo, debemos fijarnos una vez más en la lámina IV. Recordemos que las franjas pintadas de diversos modos, que ocupan la parte principal de este diagrama, representan las diferentes etapas por que atraviesa la esencia monádica en su marcha progresiva ascendente. En su curso descendente, figurado por la columna de la izquierda del diagrama, esta esencia monádica agrega á su alrededor, en diversos planos, las diferentes variedades de materia; la esencia, organiza á la materia acostumbrándola y adaptándola para recibir vibraciones é impresiones, y al mismo tiempo que adquiere esta propiedad de recibir, adquiere también la de responder, en los niveles respectivos, á estas mismas impresiones. Pero su manera de proceder es algo distinta, cuando ha alcanzado el punto más bajo de su inmersión en la materia, y comienza á iniciarse en ella la gran marcha ascendente de su evolución hacia la divinidad. Su objeto es entonces desarrollar la conciencia en estos niveles, aprendiendo á dominar los cuerpos construidos por ella y á servirse de los mismos como vehículos; de suerte que, estos cuerpos, no son ya simples vehículos por cuya mediación recibe el alma las impresiones del exterior, sino que también son, para ella, el medio de manifestarse en los diferentes planos.

Los primeros esfuerzos se verifican naturalmente en la materia más densa; en efecto, en esta materia, las vibraciones determinadas por la esencia monádica, si bien son las más lentas y de mayor duración, son, sin embargo, las menos poderosas, las menos penetrantes, y por consiguiente, las más fáciles de dominar. Resulta pues, que aunque esté dotado el hombre de los principios superiores, si bien en una condición más ó menos latente, no es, sin embargo, plenamente consciente sino en el cuerpo físico. Más tarde, desarrollará gradualmente su conciencia en el cuerpo astral, y, mucho más tarde aún, en el cuerpo mental.

En la lámina IV, encontramos una franja distinta para cada uno de los reinos de la naturaleza. En lo que corresponde al reino mineral, la franja de color pierde su anchura en el punto donde el reino respectivo no está completamente desarrollado, y su parte más densa corresponde al plano físico; en las regiones superiores correspondientes á la materia etérea, esta franja se estrecha cada vez más. Esto quiere decir que, en el reino mineral, el dominio del alma, sobre la parte superior de la materia etérea, no es aún completo. La punta roja, que figura en la parte superior del ángulo, demuestra que comienza á manifestarse una mínima parte de conciencia en la materia astral; éstos son los primeros deseos.

A muchos de nuestros lectores les sorprenderá que se hable de deseo al tratar del reino mineral; los químicos, sin embargo, saben perfectamente que la afinidad química constituye una manifestación perfectamente distinta, por decirlo así, de una preferencia los unos respecto de los otros por parte de los que podríamos llamar elementos. ¿No significa esto un principio de deseo? Un elemento, por ejemplo, siente por otro una atracción tan fuerte, que si se ponen en contacto, abandona instantáneamente las demás substancias con las cuales estaba combinado. En efecto, por nuestros conocimientos de estas atracciones ó repulsiones, llegamos á separar los diferentes gases. El agua, por ejemplo, es una combinación de oxígeno é hidrógeno; si vertemos en ésta un poco de sodio, observaremos que el oxígeno prefiere el sodio al hidrógeno, y rápidamente abandona este último, para combinarse con el primero; así, pues, en vez del agua, obtendremos un compuesto denominado hidróxido de sodio, y el hidrógeno queda libre. Si mezclamos limaduras de zinc con el ácido clorhídrico (que es una combinación de

hidrógeno y cloro), este último tiende inmediatamente á abandonar el hidrógeno para combinarse con el zinc; entonces se forma lo que llamamos cloruro de zinc, y el hidrógeno puesto en libertad, puede ser fácilmente recogido; éste es uno de los métodos ordinarios empleados para obtener este gas. Así pues se encuentra justificada la acción del deseo en el reino mineral.

Si examinamos ahora la figura piramidal que representa el reino vegetal, vemos que tiene la misma anchura, no solamente en la parte inferior del plano físico, sino también en su parte etérea, y observamos que el triángulo superior que representa los deseos es mucho más desarrollado, demostrando por esta razón mayor capacidad para utilizar la materia astral inferior. Aquellos que han estudiado botánica, saben que la atracción y la repulsión, ó en otros términos, las formas del deseo, son mucho más activas en el reino vegetal que en el reino mineral, y que muchas plantas manifiestan un gran ingenio para conseguir sus fines, por limitados que éstos puedan ser, considerados desde nuestro punto de vista.

Examinando la figura piramidal que representa el reino animal, encontramos que la conciencia ha dado un gran paso. Esta figura tiene su anchura completa en el plano físico y en la parte inferior del plano astral, y no empieza á estrecharse sino en la parte que corresponde á sus subplanos superiores; esto quiere decir que el animal es capaz de experimentar por completo los deseos inferiores, pero que todavía no posee sino una débil capacidad para manifestar los deseos de un orden superior. El animal los posee sin embargo, y tanto es así que, en algunos casos excepcionales, aun siendo un animal, puede ser capaz de una gran abnegación y de afectos elevados.

La cúspide de la pirámide, que se ve pintado de verde en el diagrama, demuestra en el animal cierto desarrollo de la inteligencia, y atestigua el grado de mentalidad que puede alcanzar. Se ha supuesto durante largo tiempo, que la facultad de razonar distinguía al hombre del animal, y que este último no poseía sino el instinto. Esta concepción es verdaderamente errónea, sobre todo en lo que concierne á los animales domésticos más avanzados.

Toda persona que ha poseído un perro ó un gato y que ha sabido hacerse su amigo (como debiera ser siempre), habrá podido observar que estos animales tienen cierto poder de inducción y de deducción, aunque en su grado de evolución esta facultad razonadora sea más débil y más limitada que la nuestra. En lo que respecta á los animales en general, la figura representada en el diagrama, es del todo correcta; ella nos demuestra que la facultad razonadora de los animales, no puede traspasar los subplanos inferiores del plano mental; pero en los animales domésticos avanzados, la cúspide de la pirámide puede elevarse hasta el cuarto subplano del plano mental. Su estado de conciencia puede expresarse entonces por una estrecha punta solamente, y no podría ser jamás representada por una amplitud mayor ó menor de la franja de color.

CAPITULO IX

LOS ESTADOS DE CONCIENCIA EN EL HOMBRE

Si observamos la línea piramidal que representa al ser humano, observaremos en ella, desde un principio, algunos rasgos particulares; la franja vertical tiene toda su anchura, no solamente en el plano físico, sino también en todo el plano astral; esto demuestra que el hombre es capaz ya de experimentar toda la escala de los deseos, desde los más elevados á los más inferiores. En la parte inferior del plano mental, conserva aún toda su amplitud, lo cual nos indica que en este nivel determinado la facultad de razonar está plenamente desarrollada en el hombre. En la parte superior del plano mental, el desarrollo es incompleto, y un nuevo factor se presenta bajo la forma del triángulo azul obscuro en que termina la pirámide, lo cual nos demuestra que el hombre posee un cuerpo causal y un Ego permanente que reencarna. Este triángulo azul corresponde al triángulo inscrito en el pequeño círculo que figura en la lámina III. Para la gran mayoría de la humanidad, el punto característico que determina el grado de conciencia alcanzado por ella, en los niveles del plano mental superior, apenas si se eleva por encima del tercer subplano, es decir, el más inferior de los tres. Tan sólo en el transcurso de un graduado y progresivo desarrollo del alma, puede el Ego hacerse capaz de elevar su conciencia al segundo, y después al primero de estos subplanos.

No queremos decir que el hombre esté en condiciones de funcionar conscientemente á semejante altura. En los tipos inferiores de la humanidad, el deseo es aún el factor predominante, aunque el desarrollo mental haya hecho algunos progresos.

Durante su vida, un hombre de esta categoría, tendrá una conciencia muy limitada en su cuerpo astral; durante el sueño y después de la muerte, no será consciente y activo, sino en los subplanos inferiores del plano astral. De hecho, esta vida prolongada en el plano astral inferior, emplea aproximadamente todo el intervalo que separa dos encarnaciones, y- por lo tanto, se aprovecha poco de la vida celeste. La conciencia de un hombre en este nivel, está sin duda concentrada en la parte inferior de su cuerpo astral: y su vida será gobernada sobre todo por las sensaciones relacionadas con el plano físico.

En el hombre ordinario de nuestra raza, la parte superior del cuerpo astral, comienza á desarrollarse, pero vive casi por completo en sus sensaciones; para él, la cuestión capital que rige su conducta, no es lo justo y razonable, sino aquello que le complace.

Solamente los más cultos de entre nosotros, comienzan á gobernar sus deseos por el razonamiento; esto significa que el centro de conciencia se transfiere gradualmente de la parte superior del cuerpo astral á la parte inferior del cuerpo mental. Poco á poco, y á medida que el progreso se define, el hombre comienza á regirse por sus principios o ideas más bien que por su interés o por sus deseos.

Otro desarrollo aun más importante, es alcanzado cuando el hombre es capaz de servirse de sus diferentes vehículos apropiados, en los cuales puede el alma funcionar conscientemente. Todo representante de las razas superiores de la humanidad, por poco culto y desarrollado que sea, tiene su conciencia completamente despierta en el cuerpo astral, y es perfectamente capaz de emplear este cuerpo como vehículo, si ha adquirido la costumbre necesaria. Para conseguirlo, es necesario cierto esfuerzo. La gran mayoría de los hombres, no poseen ningún conocimiento del cuerpo astral y del modo de emplearlo, y por lo tanto no hacen ningún esfuerzo determinado para servirse de él. En su pasado, tienen ellos una larga sucesión de vidas en las cuales las facultades astrales no han sido empleadas, y se han desarrollado lenta y gradualmente en una especie de cáscara, como un polluelo en su huevo. La cáscara está formada por la gran masa de pensamientos egoístas, en los cuales el hombre ordinario se halla

desgraciadamente envuelto. Durante el sueño, el hombre sigue generalmente el mismo género de pensamientos que durante el día le interesaron, y se rodea así de un muro tan compacto, creado por él, que no puede prácticamente saber nada de cuanto pasa fuera de sí mismo. Algunas veces, aunque muy raramente, algún violento impulso del exterior, ó cualquier deseo intenso, formulado internamente, puede entreabrir por un momento el velo de tinieblas, de modo que le permita recibir algunas impresiones bien definidas; pero aun entonces la niebla se condensa de nuevo á su alrededor, y vuelve á los sueños incoherentes. Sin embargo, es evidente que este cascarón puede ser roto siguiendo diferentes métodos.

1) En el lejano porvenir, la lenta, pero segura evolución del hombre, hará que desaparezca gradualmente el velo de tinieblas, y poco á poco será consciente de la actividad y vida intensa del mundo majestuoso que le rodea.

2) Habiendo adquirido el hombre un mayor conocimiento de sí mismo, podrá, á costa de perseverantes esfuerzos, iluminar esas tinieblas obrando internamente y para vencer de un modo gradual la inercia que es el resultado de largas edades de inactividad. Esto es más bien una aceleración del proceso natural, y no sería de ningún modo penoso, si á un tiempo se realizase de un modo igual el desarrollo de las demás facultades.

Pero si el hombre alcanza este estado de despertamiento de sus facultades sin haber adquirido antes la fuerza necesaria, el conocimiento y el desarrollo moral apropiados, estará expuesto al doble peligro de emplear mal estos poderes, á medida que los adquiera, y de ser paralizado por el miedo que le causará la presencia de fuerzas que no podría comprender ni gobernar.

3) También puede suceder que cualquier accidente, ó uso ilícito de magia ceremonial, pueda rasgar el velo é impedir que se vuelva á cerrar de nuevo por completo. En tal caso, el hombre se encuentra en la terrible condición tan bien descrita por M. Blavatsky en su historia, *Una Vida encantada*, ó por Bulwer Lytton en su magnífica obra *Zanoni*.

4) Un amigo cualquiera de este hombre, pero más avanzado que él, que le conozca perfectamente y le crea capaz de afrontar los peligros del plano astral, así como de llevar á cabo un trabajo útil y desinteresado, puede actuar desde el exterior contra esta capa de nubes y despertarle con un fin bien definido. Este es el despertar en el plano astral del cual tan á menudo hablan nuestros libros; pero el discípulo más experimentado; asume con respecto al que despierta una gran responsabilidad. Así es que no se resuelve á despertarle, sino después que le ha conocido muy á fondo, y que después de un trato íntimo, ha podido convencerse de que su discípulo posee, en cierta medida, todas las cualidades mencionadas en el capítulo XIV de *Protectores invisibles* (7). La necesidad de ayuda es, sin embargo, tan grande, que el aspirante puede estar absolutamente seguro de que será despertado tan pronto como se haya hecho acreedor a ello. Aquellos que se creen olvidados, tienen siempre el recurso de adoptar el segundo método; pero harán bien en asegurarse con antelación y sin posibilidad de error, de que poseen las condiciones requeridas de desarrollo moral; de lo contrario, su caída sería tan rápida como segura.

Hemos podido ver ya por la lectura de algunos libros teosóficos, que mucho trabajo puede ser realizado, y lo es en realidad, á cada momento, antes del completo despertar del hombre en el plano astral. Un hombre que se duerme con la firme idea de llevar á cabo un determinado trabajo, con seguridad que procurará ejecutar su proyecto tan pronto como esté desprendido del cuerpo físico; pero después de haberlo ejecutado, se dejará encerrar de nuevo en su cascarón de espesa niebla, debido á que desde largas edades no ha sabido tomar la iniciativa de su acción, cuando funciona fuera del cerebro físico. Muchos miembros de nuestra sociedad teosófica ponen estos consejos en práctica, y se esfuerzan por llevar á cabo cada noche una buena acción cuando menos;

en muchos casos, es suficiente este hecho para tenerlos ocupados durante el sueño, sobre todo cuando tales personas ponen toda su energía en la realización de su deseo. También es conveniente recordar; que no es solamente durante el sueño que podemos prestar un auxilio efectivo; un pensamiento de gran vitalidad puede ser enviado á cualquier momento sin dejar jamás de producir su efecto.

La diferencia que caracteriza á aquel que ha sido por completo despertado, distinguiéndole del que no lo ha sido, es que, en el primer caso, el velo de tinieblas que le envolvía ha sido disipado para siempre, mientras que en el segundo, este velo no hace sino entreabrirse durante un momento, para cerrarse enseguida, y permanecer tan impenetrable como antes.

CAPITULO X

LA TERCERA EMANACIÓN DIVINA

Para comprender la formación del alma, es necesario tomar en consideración un nuevo factor. Este factor es la tercera emanación de la vida divina que proviene del primer aspecto del Logos. Esta vida produce en el seno de cada hombre, el distinto “espíritu humano que tiende á elevarse” en oposición al “espíritu de la bestia que tiende á descender” (8). Significa esto, que si el alma del animal después de la muerte de su cuerpo vuelve al alma colectiva ó bloque al cual pertenece, el espíritu divino en el hombre no puede volver á caer en tal estado, sino que se eleva siempre hacia la divinidad de la cual emanó.

La tercera oleada de vida, es representada por la línea uniforme dibujada en el lado derecho de la lámina III; y precisa observar que esta divina proyección, no se convierte esta vez ni en más densa ni más materializada, á medida que desciende en el plano de manifestación. Parece como si no pudiese descender á un plano inferior al búddhico, y que allí permanece á manera de poderosa nube esperando una ocasión para efectuar su unión con la segunda oleada que lentamente se eleva esforzándose por unirse á la primera. Esta nube parece ejercer una constante atracción sobre la esencia monádica que se encuentra por debajo de la tercera emanación divina; pero la acción que posibilita esta unión, debe ser efectuada en principio por esta última.

Un ejemplo empleado en Oriente con frecuencia para explicar este proceso, es el de la formación de la tromba marina. También tenemos en ese caso una gran nube que permanece sobre el mar, en la superficie de la cual se forman y mueven oleadas. Al principio, parece destacarse de la nube una gran punta, un cono invertido de vapor en forma de torbellino girando con gran rapidez. Otro torbellino se forma rápidamente en la superficie del océano; pero, en lugar de hundirse como un vórtice ordinario, se forma un cono que se eleva por encima de la superficie. Estos dos conos se aproximan con regularidad siempre creciente, hasta que el poder de atracción es lo suficientemente fuerte para unirlos súbitamente en una gran columna de agua y de vapor.

Las almas colectivas del reino animal, proyectan constantemente, durante la encarnación de cada individuo, partículas de su substancia, así se forman las olas transitorias en la superficie del mar; y la labor de diferenciación sigue su curso hasta que en un momento dado, una de las olas se eleva á suficiente altura para permitir á la nube que se cierne en lo alto verificar su unión con ella y crear así un ser que no es ni nube ni agua, sino que participa de la naturaleza de las dos. De este modo es como una entidad se desprende del alma colectiva a la cual pertenecía, y á partir de aquel momento no volverá jamás á su origen.

Toda persona que se haya encariñado con un animal verdaderamente inteligente, comprenderá con facilidad el génesis de esta individualización; habrá podido observar la intensa abnegación que el animal puede sentir por su dueño, así como sus continuos esfuerzos para adivinar sus deseos y procurar complacerle. Es evidente que estos esfuerzos tienen por efecto desarrollar en el animal la inteligencia, y los poderes de afección y de abnegación; llegará el tiempo en que el animal traspasará el nivel general de su alma colectiva, y será arrancado súbitamente de ella, convirtiéndose así en un vehículo apto para recibir la tercera proyección divina. Siendo ya formada la individualidad por la unión de las dos oleadas de vida, ésta continúa entonces su propia evolución, que la conducirá de nuevo á la divinidad.

A menudo se nos hacen las siguientes preguntas: Si es verdad que la esencia monádica es de origen divino y vuelve finalmente á la divinidad, y si es cierto que la mónada

humana es la sabiduría y la bondad mismas cuando parte para su inmenso viaje á través de la materia, ¿con qué objeto efectúa esta larga evolución, en la que no son evitadas ni las penas ni los sufrimientos, para venir á parar simplemente á la causa de donde emanó? Esta pregunta es el resultado de una mala interpretación.

Cuando emanó de la divinidad lo que es tal vez impropriamente llamado mónada humana, no era en realidad una mónada, y mucho menos era la sabiduría y bondad mismas. La diferencia de condición que existe entre la mónada considerada en su punto de partida, y la misma mónada á su retorno á la divinidad, es exactamente la misma que distingue a una gran masa de materia radiante de una nebulosa, del sistema solar que más tarde se habrá formado. La nebulosa es sin duda alguna, espléndida, pero es inconsciente de su utilidad; mientras que el sol, salido de esta nebulosa por una lenta evolución, emite una vida y un calor, que sustenta a muchos mundos y a sus habitantes. He aquí otro ejemplo: El cuerpo humano está compuesto de innumerables millones de partículas tenues, y algunas de ellas son constantemente expulsadas de él. Supongamos que sea posible á una de estas partículas, emprender cierta línea de evolución, y convertirse con el tiempo en un ser humano. ¿Diríamos que, puesto que ha sido ya en cierto modo humano al principio de su evolución, no habrá ganado nada cuando haya alcanzado su objeto? La esencia monádica, actúa como una proyección de fuerza que podemos llamar divina; pero volverá á la divinidad bajo la forma de centenares de millones de poderosos Adeptos, capaces cada uno de convertirse en un Logos.

Con la serie de láminas que figuran en esta obra, vamos á tratar de bosquejar esa parte maravillosa de la evolución. Si conseguimos formarnos una idea del cambio que se opera en los diversos vehículos del hombre, a medida que se desarrolla, entonces podremos transmitir la idea de este proceso á aquellos que son todavía incapaces de ver por sí mismos. Hay un punto concerniente á la unión de las dos emanaciones divinas, que requiere una explicación preliminar.

Un curioso cambio se ha producido, en efecto, en la línea de acción de la esencia monádica. Durante todo el curso de su evolución a través de los diferentes reinos, esta esencia ha sido invariablemente el principio que da á las formas su vitalidad y su energía, la fuerza que actúa por medio de una forma temporal cualquiera. Ha sido hasta el presente, el dispensador de vida; pero ahora, se convierte en el receptor .

El cuerpo causal, es en efecto, producido de la esencia monádica que formaba parte de un alma colectiva animal, tiene una forma ovoide, luminosa, viva y resplandeciente, y recibe de un plano más elevado, una luz y una vida más gloriosa todavía que permite á aquella vida superior manifestarse como individualidad humana.

Como he explicado ya al tratar del mismo tema en el Credo Cristiano, nadie debería considerar como indigno de una tan larga y penosa evolución, un objeto que nos convertirá en uno de los vehículos de esta última y tan grande emanación del espíritu divino. Pues es necesario recordar que si este vehículo no hubiese sido preparado para servir de lazo de unión, la inmortalidad individual del hombre no hubiera llegado á ser jamás una realidad.

Ni una sola partícula es inútil ó se pierde, de la obra realizada en el transcurso de las edades. La tríada superior así formada, se convierte en una unidad trascendental. «no por la transformación de su Divinidad en carne, sino por la ascensión de la humanidad en Dios» (9).

Sin este largo período de evolución, la consumación final no habría podido ser jamás alcanzada, esto es, el hombre no hubiera podido elevarse hasta el nivel de la divinidad, con lo cual el Logos mismo es hecho más perfecto, puesto que vuelve a él toda su progenie, sobre la cual ha difundido su inmenso amor, esencia de su divina naturaleza: ellos podrán ahora devolvérselo.

En la lámina IV está representada una etapa de desarrollo muy superior al del hombre ordinario, por medio de la figura rombiforme situada á la derecha del diagrama. En esta figura encontramos la representación del hombre altamente espiritual, cuyo estado de conciencia se ha elevado por encima de los estados del cuerpo causal; un hombre semejante es capaz de actuar libremente en el plano búddhico, y su conciencia (al menos cuando está fuera del cuerpo) puede manifestarse en un nivel todavía superior á este plano, como lo indica la punta violeta del extremo superior de la figura.

En este caso particular, el centro de conciencia, figurado por la parte más ancha del rombo, no está ya localizado, como en los casos precedentes, en los planos físico ó astral, sino entre las regiones mental superior, y búddhica. Las partes superiores del plano mental y del astral, son por lo tanto, más desarrolladas que las partes inferiores de estos mismos planos.

La extremidad inferior del rombo, no penetrando en la parte más grosera del plano físico, sino por estrecha punta, nos demuestra que el hombre posee todavía un cuerpo físico para su labor en el plano correspondiente, pero que sus pensamientos y deseos, no están de ningún modo concentrados en él. Un ser semejante ha agotado desde largo tiempo el Karma que podría ser causa de su retorno á la encarnación, y si todavía se sirve de un vehículo en los planos inferiores, no es sino para trabajar en bien de la humanidad y para difundir en estos niveles una influencia que de otro modo no podría manifestarse. Es cierto que hay estados de vibración de la energía divina, que son demasiado sutiles para ser registrados por la substancia más grosera de los planos inferiores; pero si se expresan por medio de un ser, cuyos vehículos correspondientes á estos planos sean perfectamente puros, pueden ser entonces manifestadas y producir sus resultados.

A los ojos de un clarividente adiestrado, un cuerpo causal de reciente formación y poco evolucionado es trasparente, matizado como una enorme burbuja de jabón, y no puede ser examinado con certeza sino por una persona que haya desarrollado plenamente las facultades de su propio cuerpo causal. Este estado del cuerpo causal se parece, como hemos dicho, á una burbuja de jabón casi vacía en apariencia, pues la fuerza divina que realmente está contenida en ella, no ha tenido aún tiempo de desarrollar sus cualidades latentes aprendiendo á responder á las vibraciones del exterior, y por consiguiente, pocos colores se han desarrollado.

Los colores que en ella se encuentran, tienen su origen en determinadas cualidades previamente desarrolladas en el alma colectiva de la cual este cuerpo causal formó parte, y con el objeto de transmitir estas cualidades á la fuerza divina contenida en las envolturas, son puestas en actividad ciertas vibraciones correspondientes á estas mismas cualidades. Por consiguiente, todo lo que se podrá observar en esta forma, se reduce á algunos destellos débilmente coloreados, provenientes de aquella primitiva clase de vibraciones. La lámina V representa el cuerpo causal de un hombre primitivo. La del ovoide, no representa ninguna cualidad, no debería existir y no es otra cosa que una idea del artista para dar á esta figura una apariencia esférica.

Aun poseyendo el cuerpo causal, el hombre está aun muy lejos de ser suficientemente consciente para recibir ó responder á las impresiones correspondientes á este nivel; y puesto que el método apropiado á la evolución de sus cualidades latentes, necesita las vibraciones del exterior, es indispensable para él descender a un nivel lo suficientemente inferior, si quiere encontrar vibraciones que puedan impresionarle. Por esto, el método de progreso que le es asignado es el de la reencarnación; reencarnar, quiere decir proyectar en los planos inferiores, una parte de sí mismo, con el objeto de realizar ciertas experiencias, adquirir las cualidades que resultan de las mismas, y assimilarlas, y luego apropiarse el fruto de estos esfuerzos. En efecto, en el descenso á la

reencarnación, que puede ser comparado al hecho de ponerse un vestido, el Ego espera, si todo se presenta bien, no solamente ganar de nuevo el precio de su vestido, sino que también una gran parte de los intereses de su capital, cosa que siempre obtiene generalmente.

Pero como en toda adquisición de un vestido, puede hacerse un buen ó mal negocio, puede ser posible que una parte de la nueva vestidura se hunda en el lodo de la materia grosera hasta el punto de que sea imposible recuperarla entera.

No tenemos la intención de explicar cómo puede ocurrir esto, pues se encuentra más especificado en el libro “El Plano Astral”.

No puedo aquí extenderme en los numerosos argumentos en favor de la reencarnación, pues se encontrarán también detallados en el segundo de nuestros manuales teosóficos (10). En esta obra, tan sólo me esfuerzo en exponer los hechos tal como los vemos. Es necesario tener presente que el proceso de la reencarnación, puede ser seguido á través de todos sus estados, si se posee una clarividencia suficientemente desarrollada, y para muchos estudiantes de teosofía, la reencarnación no es una simple hipótesis, sino un hecho concreto y observado.

El alma se oculta bajo el impulso de lo que se llama en la India, Trishna, la sed de existencia manifestada, el deseo de sentirse vivir. Esta sed sumerge al alma en el seno de la materia, define y fortalece al yo por medio del egoísmo, y se presenta á la vista del clarividente en un aspecto poco envidiable, representado en la lámina VII.

Gradualmente, aprende que existe una evolución más elevada que la resistente costra de egoísmo, que fue muy necesaria para la formación de un centro poderoso, pero que una vez formado, constituye un obstáculo para el crecimiento del centro mismo, y comprende que esta envoltura debe ser finalmente destruida y desechada. Poco á poco y en el transcurso de numerosas encarnaciones, su representación astral, expuesta en la lámina VII, pasa á la de la lámina X, y más tarde aún, pasa á la de la lámina XXIII.

Ahora trataremos de seguir el curso de esta evolución y presentarla en sus diferentes etapas.

CAPITULO XI

CÓMO EVOLUCIONA EL HOMBRE

El alma en vías de reencarnar, inmerge primeramente en la materia del plano que le es más próximo, la de los niveles inferiores del plano mental: inmediatamente, y en cierto modo de una manera automática, se reviste con una envoltura de esta materia; la envoltura, es la expresión exacta de las cualidades desarrolladas anteriormente por ella, á lo menos en la medida en que han podido encontrar su expresión en este nivel. Conviene, en efecto, no olvidar que el alma, en cada período de descenso, sufre limitaciones más estrechas, y que por consiguiente, ninguna expresión de la misma en cualquiera de los planos inferiores, puede ja más ser perfecta, el resultado obtenido es limitado á una vaga expresión de sus cualidades. Un cuadro, representa en dos dimensiones una escena que existe ó que se supone existir en tres: las reproduce tan exactamente como la perspectiva permite hacerlo sobre una superficie llana, pero de hecho las líneas y ángulos del dibujo, deben necesariamente diferir casi todos de las líneas y ángulos del espacio que representa; del mismo modo, la materia de los planos inferiores no puede manifestar ninguna cualidad tal como existe en el alma; las vibraciones de la materia inferior, son demasiado groseras y lentas para expresarlas con exactitud; la cuerda no tiene la suficiente tensión para poder responder á los sonidos de lo alto; pero puede, sin embargo, ser puesta á tono de tal modo, que dé las notas correspondientes en una octava más baja, del mismo modo que un hombre puede cantar al unísono con un niño que dé las mismas notas con tanta exactitud como sea capaz un organismo inferior.

Así pues, el color expresado por una cualidad determinada en el cuerpo causal, será también manifiesto en el cuerpo mental y también en el astral; pero á medida que descendemos, este matiz será menos delicado, menos brillante y menos etéreo. La diferencia de aspecto que ofrece la escala de colores en cada plano, es tal, que es imposible reproducirlos con exactitud en el papel ó en la tela: no podemos intentar dar una idea de esto, más que estableciendo gradaciones que definan sus características, pues aun la octava inmediata superior á la octava física, traspasa los límites de todo cuanto la inteligencia nos permite imaginar, mientras se halla sujeta á las limitaciones del cerebro físico.

Los colores astrales inferiores, pueden imaginarse sombríos y groseros, y ciertamente lo son si se les compara con los tintes más puros de los niveles más elevados; pero sin embargo, son luminosos á pesar de su rusticidad; se parecen más á los sombríos resplandores de una hoguera, que á colores oscuros en el sentido literal de la palabra. Cada vez que pasemos de un estado de materia inferior á un estado superior, observaremos que este último manifiesta un maravilloso poder para expresar cualidades más nobles, y por otra parte, pierde gradualmente el de expresar algunas otras que son inferiores; por eje mplo, el tinte marcadamente desagradable que en el cuerpo astral representa la grosera sensualidad, es completamente irreproducible en la materia mental. Probablemente se objetará, que esto no debiera ser así, puesto que un hombre puede tener con seguridad un pensamiento sensual; pero esta idea parece justificar una concepción inexacta del hecho. Un hombre puede crear una imagen mental que evoque en él un sentimiento sensual; pero el pensamiento y la imagen sensual se expresarán en la materia astral y no en la materia mental. Esta imagen dejará, sin embargo, una huella bien definida de su tinte particular en el cuerpo astral, mientras que, en el cuerpo mental, intensificará los colores característicos de los defectos concomitantes de la

mente, como son el egoísmo, la vanidad y la malicia. Estos, á su vez, no tienen ninguna posibilidad de expresión en el puro esplendor del cuerpo causal; pero, cada vez que el hombre se deja arrastrar por tales defectos, se intensifican en el vehículo inferior, contribuyendo de este modo á obscurecer el brillo de los colores que representan el desarrollo de las virtudes opuestas en su cuerpo causal, el vehículo superior cuya existencia está mucho más próxima á la realidad. Los colores se producen siempre siguiendo un proceso ascendente: el hombre recibe una impresión cualquiera del exterior, y en respuesta, una corriente de emoción de una clase determinada despierta en él; es decir, que mientras la emoción persiste, la clase particular de vibración que la representa predomina en el cuerpo astral, Como lo demuestran nuestras láminas más adelante. Después de algún tiempo, la emoción pasa, y el color que la representaba se disipa; pero jamás completamente. El cuerpo astral contiene cierta porción de materia que vibra normalmente según la velocidad especial de cada emoción, y toda explosión violenta en el mismo, aumenta en algo esta cantidad.

Pongamos un ejemplo: la mayor parte de los hombres vulgares, poseen cierto grado de irritabilidad, que se expresa en el cuerpo astral por una nube de color escarlata: cuando el hombre manifiesta esa irritabilidad por una súbita explosión de cólera, el tinte escarlata invade momentáneamente el vehículo astral todo entero, como demostraremos ulteriormente. Una vez calmada la crisis pasional, el color escarlata desaparece, pero deja sin embargo señales indelebles tras él: en efecto, queda en el cuerpo astral un ligero aumento permanente de las dimensiones de la nube de color escarlata que representa la irritabilidad, y toda la materia del cuerpo astral se ha hecho un poco más apta para responder á las vibraciones de la cólera, para cuando se presente una nueva ocasión. El proceso es naturalmente el mismo para cualquiera otra emoción, buena o mala, y vemos de este modo claramente manifestada en la materia una ley moral: cada vez que cedemos á una, pasión cualquiera, hacemos un poco más difícil la resistencia á un nuevo ataque; cada esfuerzo que realizamos con éxito para vencer la pasión, tiende, por el contrario, á hacer más fácil la victoria en un caso posterior.

Los colores relativamente permanentes del cuerpo astral, indican la persistencia de ciertas vibraciones que con el tiempo influyen en el cuerpo mental, creando otras vibraciones de un carácter semejante, en un nivel superior, pero con la condición, sin embargo, de que el carácter de las vibraciones originales sea susceptible de ser reproducido en esta materia más sutil. Precisamente por medio de este método, que consiste en provocar vibraciones simpáticas, las cualidades elevadas desarrolladas por la vida en los planos inferiores, se incorporan gradualmente en el cuerpo causal: felizmente para nosotros, tan solo los efectos de las emociones más elevadas pueden ser registrados en aquel nivel.

Así pues, en el transcurso de sus numerosas existencias, desarrolla el hombre en sí mismo muchas cualidades, unas buenas y malas otras: pero mientras que toda buena adquisición es puesta en reserva y acumulada en el cuerpo causal, en cambio, lo que es malo, no puede manifestarse sino á través de los vehículos inferiores, revistiendo de este modo un carácter relativamente impermanente. La poderosa ley de justicia divina, da exactamente por herencia á cada hombre el fruto de sus propias acciones buenas o malas; mas los efectos del mal son necesariamente agotados en los planos inferiores, puesto que sus vibraciones no pueden manifestarse sino en la materia de estos planos, siendo impotentes para despertar un eco en el cuerpo causal. Por consiguiente, su fuerza se expresa por completo en su propio nivel, y reacciona íntegramente sobre su autor en su vida astral y física, ya sea en la encarnación que transcurre o en las venideras.

Una buena acción o un buen pensamiento, producen también sus efectos en los planos inferiores, pero también producen en el cuerpo causal los efectos más arriba descritos,

efectos permanentes) mucho más elevados, y que tienen un papel tan importante en la evolución del hombre. Así pues, los pensamientos y acciones buenos o malos, producen sus resultados aquí abajo, tanto los unos como los otros, y manifiestan sus efectos en los distintos vehículos temporales; pero las buenas cualidades son las únicas conservadas como otras tantas ganancias definitivas para el hombre real. Cada vez que éste desciende para reencarnar, se encuentra muchas veces cara á cara con el mal, hasta que logra vencerlo, y que finalmente ha desarraigado de sus vehículos toda tendencia á responder al mismo; de hecho, hasta que el hombre no sea ya más susceptible de ser arrastrado por ninguna pasión ni por ningún deseo, y que por el contrario, haya aprendido á gobernarse á sí mismo en su fuero interno.

CAPITULO XII

LO QUE NOS MANIFIESTAN SUS DISTINTOS CUERPOS

El hombre aprende gradualmente la lección de que acabamos de hablar; de modo que, las primeras manifestaciones del hombre inculto en los planos inferiores, no son seguramente las más agradables á la vista. El hombre absolutamente primitivo no lo hemos incluido en el número de nuestras láminas: su aspecto nos enseñaría muy poca cosa.

El salvaje cuyo cuerpo causal está representado en la lámina V, puede poseer en realidad un cuerpo mental aproximadamente parecido al que representa la lámina VI y un cuerpo astral semejante al representado en la lámina VII.

Es necesario tener en cuenta, que todos estos cuerpos ocupan el mismo espacio, y se interpenetran, de suerte que, observando al salvaje con ayuda de la clarividencia, veríamos su cuerpo físico envuelto con una nube luminosa de forma ovoide, mas esta nube se nos presentaría con la apariencia figurada en alguna de las láminas V, VI ó VII, según la clase de clarividencia empleada.

El uso de nuestros sentidos astrales, nos permitiría ver solamente el cuerpo astral de este hombre, y examinándolo, conoceríamos las pasiones, emociones o sensaciones que experimentaría en aquel momento, así como aquellas á las que tuviese la costumbre de ceder. El vehículo astral es el campo en el cual se manifiestan los deseos, el espejo donde cada acto sensual (11) se refleja instantáneamente, y donde cada pensamiento debe encontrar su manifestación por poca relación que tenga con la personalidad. Sus componentes proporcionan una forma corporal á los tenebrosos elementales que el hombre crea y pone en actividad con sus malos deseos y sus maliciosos sentimientos; también proporciona del mismo modo su forma á los elementales benévolos creados por la bondad, la gratitud y el amor.

Como debemos naturalmente suponer, las manifestaciones del cuerpo astral son poco permanentes; sus colores, su brillo y la rapidez de sus movimientos, varían á cada momento. Una explosión de cólera llenará el cuerpo astral entero de relámpagos de un rojo oscuro sobre fondo negro; un terror súbito as velará instantáneamente de una nube gris, de pavorosa lividez. Sin embargo, este vehículo astral tan inestable, tiene momentos de relativo reposo los cuales nos permiten observar un grupo definido de colores que conservan aproximadamente la misma disposición.

Hemos elegido uno de estos momentos para ilustrar la lámina VII, que como veremos más adelante, nos proporciona un buen número de indicaciones referentes al tema que nos ocupa.

El empleo de nuestra visión mental, nos permitirá conocer el cuerpo mental del hombre de quien tratamos, el cual se parecerá seguramente al representado en la lámina VI. En la proporción que sus respectivos colores son comparables, el cuerpo mental concuerda casi con el cuerpo astral en estado de reposo, pero manifestará mucho más aún: veremos aparecer en él el grado de desarrollo intelectual y espiritual del hombre, elemento que en el caso que tratamos se reduce sin duda á bien poca cosa, pero que más tarde tendrá una considerable importancia, como veremos posteriormente. El examen del cuerpo mental, nos permite pues deducir á qué categoría pertenece el hombre, así como el uso que ha hecho de su larga existencia, hasta el punto en que se encuentra en la encarnación actual.

En fin, si somos lo bastante afortunados para poseer el uso perfecto de la visión en nuestro cuerpo causal y si lo empleamos en nuestra investigación, veremos el cuerpo causal del salvaje, y su examen nos enseñará el grado de adelanto de su vida real, como

alma, el progreso realizado por el Ego en la evolución que le impulsa hacia la Divinidad.

Se ve, pues, que en los diversos niveles donde se desarrolla toda la vida del hombre, se presenta éste como en un libro abierto á los ojos del clarividente adiestrado, capaz de emplear los diferentes modos de visión correspondientes, pues para él, ni el disimulo, ni la ficción son posibles en aquellos planos elevados: tal como es el hombre, así aparecerá en verdad ante el observador imparcial.

He dicho imparcial: no debemos olvidar jamás que cada uno ve á los demás por medio de sus propios vehículos, y por este hecho, el observador se encuentra aproximadamente en las condiciones del que mira un paisaje á través de un vidrio de color.

Hasta tanto que no haya aprendido á tener presente esta influencia, estará expuesto el clarividente á considerar como predominantes, en el sujeto que observa, las características á las cuales él mismo está sujeto a responder; pero bastará un poco de práctica y de atención, para librarse de la alteración visual producida por este factor personal, y capacitarse para leer de una manera clara y exacta.

CAPITULO XIII

LOS COLORES Y SU SIGNIFICADO

Para estar en condiciones de emprender un estudio concienzudo y minucioso de los diversos cuerpos, debemos familiarizarnos, ante todo, con el significado general de los varios colores que presentan, los cuales se encontrarán indicados en la lámina I. La combinación de los colores primordiales, hace posible una casi infinita variedad de colores secundarios; me he esforzado para representar todo lo más aproximadamente posible el exacto color que sin mezcla de ningún otro expresa cada emoción determinada; sin embargo, las emociones humanas no permanecen casi nunca sin mezcla, y el observador debe clasificar constantemente los matices indeterminados analizando los numerosos factores que entran en su composición.

La cólera, por ejemplo, está representada por el rojo escarlata, y el amor por el carmesí y por el rosa; pero muy á menudo, tanto la cólera como el amor, llevan profundamente marcado el sello del egoísmo; en este caso, el color de tierra grisáceo, característico de este vicio, alterará la pureza de sus colores respectivos, en la medida con que se encuentre mezclado con esos sentimientos. La cólera y el amor, pueden aún mezclarse con el orgullo, que inmediatamente manifestará un tinte anaranjado oscuro. En el transcurso de nuestra investigación, observaremos muchos ejemplos de parecidas combinaciones, así como de los tintes que de las mismas resultan; pero debemos ocuparnos primeramente de aprender á leer el significado de los colores en su estado más simple. A continuación damos una reseña de los más comunes entre ellos.

Negro - Las densas y negras nubes en el cuerpo astral, denotan el odio y la maldad; cuando por desgracia, se entrega una persona á un acceso de cólera pasional, las terribles formas de pensamiento del odio pueden percibirse generalmente, flotando en su aura como las espirales de una espesa humareda.

Rojo - Los relámpagos de un rojo oscuro sobre fondo negro, denotan habitualmente la cólera; con este color se mezcla poco ó mucho del color terroso, según sea la parte que tenga el egoísmo en la cólera experimentada. Lo que á menudo se llama “una noble indignación” en un individuo oprimido ú ofendido, puede manifestarse por medio de relámpagos de un rojo escarlata brillante sobre el fondo normal del aura.

Rojo de sangre opaco - Este color, difícil de describir, es sin temor de equivocación, el indicio de la sensualidad.

Color de tierra - El color de tierra rojizo, sin brillo, el color casi del moho, denota la avaricia; este tinte se dispone generalmente en franjas paralelas que atraviesan el cuerpo astral, al cual dan un aspecto muy raro.

El color de tierra grisácea, iluminado por relámpagos de color rojo oscuro o escarlata, indica los celos: casi siempre se observa este color en cantidad considerable en el hombre vulgar, cuando está bajo el imperio del sentimiento que se denomina amor.

Gris - Un tinte denso de un gris plomizo, expresa un profundo abatimiento; cuando es habitual, presta algunas veces al cuerpo astral un aspecto melancólico y entristecedor que traspasa el límite de toda expresión. Este color, tiene de común con el color que denota la avaricia, la curiosa particularidad de disponerse en franjas paralelas; tanto el uno como el otro, causan la impresión de que encierran á su desgraciada víctima en una especie de jaula astral.

El gris lívido, tinte horrible y espantoso, indica el miedo.

Carmesí - Este color, indicio del amor, constituye á menudo el más hermoso de los elementos que presentan al observador los vehículos del hombre vulgar, pero varía naturalmente mucho, según la clase del amor: puede ser empañado, oscurecido o

marcadamente teñido con el color opaco del egoísmo, si el tal amor considera ante todo la suma de afección que recibe de los demás, o «el rendimiento» que le proporciona la colocación del suyo. Si el amor, por el contrario, no piensa jamás en sí mismo ni en lo que recibe, si únicamente piensa en lo que él puede dar y en los medios de darse todo entero en voluntario sacrificio por el amor del ser amado, entonces este amor se manifestará por un maravilloso color de rosa. Cuando este color es excepcionalmente brillante y matizado de color lila, denota un amor más espiritual por la humanidad; los matices intermedios son innumerables. Por otra parte, la afección puede, naturalmente, estar matizada por otros diversos sentimientos, el orgullo, los celos, etc.

Anaranjado - Este color denota siempre el orgullo o la ambición. Presenta casi tantas variedades como el precedente, según sea la naturaleza particular de cada característica de este sentimiento. No es raro verle unido á la irritabilidad.

Amarillo - Es un color de muy buen indicio, é implica siempre cierto grado de intelectualidad; sus matices son extremadamente variados, á veces demasiado complejos para aceptar la mezcla de otros colores. Generalmente, el amarillo es más oscuro y menos brillante, cuando la inteligencia se aplica con preferencia á objetos inferiores, y principalmente egoístas; es de un tono de oro brillante y se eleva gradualmente, al amarillo espléndido, al claro y luminoso color de limón, cuando la inteligencia se dedica á objetos cada vez más elevados é impersonales.

Verde - Ningún color entraña tan variados significados como éste; por lo tanto, requiere algún estudio para ser correctamente interpretado. La mayor parte de sus significados, demuestran una especie de adaptabilidad, en un principio mala y falsa, pero algunas veces buena y simpática. El verde gris es una de las variedades difíciles de clasificar, y solo puede serlo por la palabra «cenagoso»; este tono denota la trapacería y la astucia; se le observa de un modo predominante en el cuerpo astral de la mayor parte de los salvajes; pero desgraciadamente, no es nada raro encontrarlo entre los hombres más civilizados, los cuales deberían haber traspasado desde mucho tiempo el grado de evolución que ese color indica. A medida que el hombre progresa, ese tinte mejora, y se transforma en un verde esmeralda vivo, que significa la versatilidad, el ingenio, la fecundidad en los recursos, pero no implica ya la tendencia de hacer uso de estas cualidades con malas intenciones. Este tono denota la facultad de «hacerse indispensable», no ya con la intención de engañar á los demás ó de inducirles al error, sino más bien para hacérseles simpático y alcanzar elogios o favores; y luego, á medida que se desarrolla la comprensión, esta facultad sirve para ayudar á los demás, y confortarles. Este color se convierte algunas veces en un maravilloso verde azulado, pálido y luminoso, de un matiz delicado, como se puede ver en un cielo excepcionalmente puro durante una puesta de sol; entonces representa algunas de las más elevadas cualidades de la naturaleza humana, como son la más profunda simpatía y la compasión, unidos á un poder de adaptabilidad perfecta que sólo estas cualidades pueden dar. Al principio de su desarrollo, un brillante color verde manzana parece ir siempre acompañado de una gran vitalidad.

Azul - Un azul transparente, aunque sea oscuro, indica generalmente la devoción; pero este color presenta también innumerables variedades, según las características de este sentimiento, según si es pura y simple santurronería, si es egoísta ó noble.

Este azul es susceptible de ser matizado por la mayoría de los colores que indican las características más arriba mencionadas, lo cual da también lugar á todos los matices posibles, desde el índigo y el violeta oscuro, hasta un gris azul plumizo, que caracteriza á los adoradores de fetiches en el Africa; los colores del amor o del miedo, de la hipocresía o del orgullo, pueden ser mezclados con el de la devoción, y ofrecen al

observador una inmensa variedad de combinaciones. Un azul pálido, como el azul de ultramar o el cobalto, demuestran el impulso hacia un noble ideal espiritual; este color, puede elevarse gradualmente á un azul violeta brillante, que denota una elevada espiritualidad, y va generalmente acompañado de haces de centelleantes estrellas de oro, indicio de elevadas aspiraciones espirituales. Fácilmente se puede imaginar la cantidad casi innumerable de combinaciones y modificaciones á las cuales todos estos colores pueden dar origen, de manera que expresan con gran exactitud las más sutiles variedades del carácter, los sentimientos más complejos y los más fugaces. El brillo del cuerpo astral en su conjunto, sus contornos más o menos definidos, el grado relativo de radiación de sus diferentes centros de actividad, son otros tantos elementos que el observador debe tener presentes para comprender el significado íntegro de lo que ve. Por último, mencionaremos un último hecho digno de atención: las facultades psíquicas desarrolladas o en vías de desarrollo, se manifiestan por medio de colores que están más allá de nuestro espectro, de suerte que es imposible representarlos con los colores que nos ofrece el plano físico.

Los diferentes tonos del ultravioleta, denotan el desarrollo de las cualidades más elevadas y más puras, mientras que las tristes combinaciones del infrarrojo, revelan la perversidad del hombre que se dedica á las prácticas perniciosas y egoístas de la magia negra. El desarrollo oculto, se manifiesta no solamente por la presencia en el aura de los colores correspondientes á este estado, sino que también por el brillo más intenso de los diversos vehículos, por el aumento de sus dimensiones, y por sus más definidos contornos: las láminas en colores que siguen á continuación, lo demuestran con perfecta claridad.

CAPITULO XIV

EL SALVAJE

Ocupémonos ahora del cuerpo mental del salvaje (lámina VI), apoyados en estas enseñanzas; á primera vista, podemos verlas comprobadas en los hechos. Aunque en conjunto este cuerpo mental sea muy pobre y poco desarrollado, demuestra, sin embargo, que el hombre ha realizado algunos progresos. El amarillo opaco, en la parte superior, indica alguna inteligencia; pero su tinte sucio, demuestra también que esa inteligencia, se dedica exclusivamente á fines egoístas. El gris azulado, denota una devoción que ha de ser un fetichismo lleno de temor, é inspirado por consideraciones de interés personal, mientras que el carmesí cenagoso de la izquierda, nos hace suponer los primeros albores de una afección que es en primer lugar egoísta. La franja de color anaranjado opaco, demuestra el orgullo de un orden inferior; la gran mancha escarlata, expresa una excesiva tendencia á la cólera, que evidentemente se inflama á la menor contrariedad. La ancha franja verde sucio, que ocupa tan gran parte en el vehículo que estudiamos, denota la trapacería, la perfidia y la avaricia; este último defecto es indicado por el tinte moreno bien definido. Por último, observamos en la base del óvalo una especie de depósito de color cenagoso que demuestra el egoísmo en general y la ausencia de toda cualidad deseable. La misma ausencia de las cualidades superiores en este cuerpo mental, nos permite prever con certeza, que si observamos el cuerpo astral correspondiente (lámina VII), veremos que un hombre tal, no tiene casi ningún dominio sobre sí mismo; y en efecto, en este vehículo de deseo, veremos una gran parte exclusivamente ocupada por la sensualidad, que se manifiesta por un rojo terroso de mal aspecto, parecido al rojo de sangre. Es difícil reproducir el tinte lúgubre que caracteriza este instinto, desgraciadamente muy común, con excepción hecha de las almas más avanzadas. La trapacería, el egoísmo y la codicia, se hallan evidentemente en este cuerpo como se podía suponer, y la cólera feroz, se revela por las manchas rojo escarlata opaco; apenas si se encuentra en este vehículo indicio alguno de afección, y la poca inteligencia y devoción que aparecen, son del orden más inferior.

Observemos por otra parte la irregularidad de los contornos de este cuerpo astral, sus manchas, y la disposición de sus colores. Cuando pasaremos al estudio de los vehículos de seres humanos más evolucionados, podremos comprobar un gran progreso en este sentido. Los colores se mezclan siempre en cierto modo, y se funden los unos en los otros; pero en el hombre ordinario, tienen sin embargo una marcada tendencia á disponerse en franjas más o menos regulares, al mismo tiempo que el contorno del ovoide se regulariza y define.

En el del salvaje sucede lo contrario, todo es irregular, y es ciertamente el esclavo de los impulsos violentos y á menudo mal dirigidos, á los cuales cede pronto, sin el menor esfuerzo para vencerlos. En suma, es un ser muy repulsivo; sin embargo, cada uno de nosotros ha pasado por esta fase, y las experiencias que hemos realizado nos han elevado á una condición un poco más pura y noble.

Sólo algunas razas inferiores de negros, y los restos de la tercera raza, presentan hoy día un grado tan inferior en la evolución. Nosotros llamamos indistintamente «salvajes" á un gran número de seres, de los cuales muchos, como por ejemplo, algunos Zulús, Maorís o Insulares del Pacífico, han alcanzado ya un desarrollo considerable, y comparados con algunos ejemplares de nuestra propia civilización, ganarían en superioridad. Teniendo presentes en gran manera las variaciones individuales, el cuerpo

astral de estos salvajes, relativamente superiores, ofrece, en general, un aspecto intermedio, entre el representado en nuestra lámina X y el de la VII.

Si queremos formarnos una idea del aspecto de los diversos vehículos humanos, es indispensable no olvidar jamás que las partículas de materia que los constituyen, son constantemente animadas por un rápido movimiento; en algunos casos, cuya mención se hará oportunamente, estos cuerpos presentan franjas bien definidas y líneas claramente marcadas; pero en la gran mayoría, las nubes de color no se confunden, sino que ruedan sin cesar unas sobre otras, apareciendo y desapareciendo á causa de este movimiento. De hecho, la superficie de la niebla luminosa de brillantes colores, se parece algo á la caída de un salto de agua; se ve en ella un torbellino de partículas, que tan pronto se levantan de la superficie como caen de nuevo, cambiando sin cesar de lugar.

Así, los diversos colores no conservan siempre las respectivas posiciones que representan las láminas, y sin embargo no es menos verdad que se mueven aproximadamente en el indicado orden: el amarillo, el rosa y el azul, no se encuentran siempre agrupados como los representamos, sino que su movimiento es rotatorio, sin moverse de la cúspide del ovoide: cuando existen, siempre se les ve próximos á la cabeza del cuerpo físico, mientras que los colores que caracterizan el egoísmo, la avaricia, el engaño ó el odio, tienden siempre hacia abajo, y la gran masa de los que determinan las tendencias sensuales, flotan habitualmente entre ambos.

A cada uno de los grados de vibración que dan lugar á la percepción de los colores, corresponde una clase distinta de materia astral o mental, en la cual tienen su libre expresión, y la posición media de cada uno de los colores, en la niebla sin cesar moviente del aura, depende realmente de la densidad particular de la materia correspondiente. Toda la materia contenida en un cuerpo astral, o poco menos, puede ser llevada por una oleada súbita de pasión, á participar temporalmente de las vibraciones de la misma; pero el conjunto total, excepto la pasión á la cual este modo vibratorio es normal, volverá á su propio estado tan pronto como la fuerza accidental cese de obrar.

Cada hombre, tiene naturalmente, su idiosincrasia particular, y no existen dos exactamente iguales; pero cada uno de los ejemplos que presentamos, representa el término medio de su categoría, y los diversos colores de sus vehículos, son marcados en la parte del óvalo que ocupan en el estado normal.

En cada una de estas láminas, ha sido delineado el cuerpo físico con el solo fin de dar al lector una idea de sus dimensiones con relación á las de los vehículos superiores: las proporciones respectivas de éstos, varían poco, excepto en el hombre altamente desarrollado: cuyos vehículos, como veremos más adelante, aumentan considerablemente.

CAPITULO XV

LA PERSONA VULGAR

Dejemos ahora al salvaje para examinar al hombre que representa el término medio, de nuestra raza y de nuestra época; veamos los progresos realizados por él, comparados con el tipo precedente, y como se manifiestan en sus diversos vehículos: Para nuestro análisis, no tomaremos como ejemplo ni á un sabio ni á una persona de sentimientos delicados y de elevada cultura, sino simplemente un hombre vulgar de los niveles inferiores de la clase media, el vendedor de comestibles, el empleado, el portero o el cartero, no del tipo más ordinario, sino un término medio. Si examinamos con la visión apropiada el cuerpo causal de un hombre semejante, encontraremos aproximadamente el grado de desarrollo indicado en la lámina VIII: el gran óvalo, demuestra un considerable y bien definido desarrollo de sus contenidos, y aunque este cuerpo sea incoloro en más de su mitad, son ya visibles en su interior, colores excesivamente sutiles y delicados en cantidad apreciable. El significado de los colores, es el mismo en este nivel que en los inferiores, aunque en este estado indican cualidades definidas, adquiridas de una manera ya permanente por el alma, y aunque estén muchas “octavas”, por encima de las que representan las mismas cualidades en los planos inferiores. Su examen nos demuestra que el hombre ha desarrollado ya en sí mismo parte de inteligencia superior, algo de la verdadera devoción y del amor verdaderamente desinteresados; sea cual fuere la medida en que consiga manifestar estos sentimientos en los planos inferiores, estas cualidades le pertenecen para siempre como una especie de capital permanente, como cualidades inherentes en todas las encarnaciones que el porvenir le reserva. Su cuerpo causal, nos manifiesta también un ligero tinte de este violeta tan delicado, indicio de un amor y una devoción, capaces de ser dirigidos hacia el más elevado ideal; también se observa en él un ligero tinte verde claro, que representa la simpatía y la compasión.

El cuerpo mental del hombre vulgar (lámina IX) demuestra un considerable progreso. Con relación al del salvaje: no solamente ocupan la inteligencia y la devoción una proporción más grande, sino que por otra parte, todas estas características han ganado considerablemente en calidad. En verdad, están aún lejos de ser perfectamente puras, pero presentan ciertamente un conjunto de tonos mucho mejor que el marcado en la lámina VI. El orgullo ocupa un espacio semejante al que antes ocupaba; pero, sin embargo, es de un orden más elevado: si el hombre está aún orgulloso, es más bien de ciertas buenas cualidades que imagina poseer y no de la simple superioridad de su ser físico en el ejercicio de la fuerza brutal, o en crueldad. El color escarlata, todavía en proporción considerable, indica propensión á la cólera; pero se observará que está localizada más abajo, en el ovoide que representa al hombre vulgar, de lo que lo estaba en el salvaje: este hecho demuestra el general mejoramiento de la cualidad de la materia de que está compuesto ese cuerpo mental. En el cuerpo mental del salvaje, hemos observado un verde viscoso, que indica la trapacería unida fuertemente á la avaricia y al egoísmo; las vibraciones productoras de este color, se expresan tan sólo en una materia más densa y más grosera que la del escarlata que indica la cólera. Por el contrario, el verde marcadamente mejor que nos presenta el cuerpo mental del hombre vulgar, no transmite sus vibraciones sino en una materia un poco menos densa que la del color escarlata; de aquí proviene aparentemente el cambio de las posiciones respectivas de estos colores. El verde ha mejorado de tal manera, que indica cierto grado de versatilidad y adaptabilidad, más bien que trapacería y astucia.

El color terroso de las tendencias egoístas, se encuentra todavía en gran proporción en un cuerpo mental semejante; pero se observa que aun este color es un poco más vivo y algo menos repulsivo.

Si pasamos á la lámina X veremos el cuerpo astral que corresponde al cuerpo mental de la lámina IX, el cuerpo astral del hombre vulgar. Esta lámina nos permite comprobar que ese vehículo, concuerda aproximadamente con su cuerpo mental, aunque los colores sean, naturalmente, un poco más groseros y que manifiesten muy claramente ciertas pasiones que no pueden ser expresadas en el plano superior. Sin embargo, presenta un mejoramiento considerable con relación al cuerpo astral del salvaje (lámina VII); demuestra menos sensualidad, aunque desgraciadamente sea todavía una de las características predominantes; pero en el fondo es menos brutal, y ha dejado de ser el tono más potente. El egoísmo continúa siendo muy acentuado, y ciertamente que el hombre en este estado es todavía capaz de engañar para conseguir sus propósitos; mas el verde de su vehículo astral, parece ya dividirse en dos calidades distintas, demostrando así que la astucia propiamente dicha se convierte gradualmente en la adaptabilidad. La lámina X representa un cuerpo astral de mediana calidad entre la clase de personas á que pertenece; por otra parte, indica la condición media de este cuerpo, o sea cuando está en relativo estado de reposo. El cuerpo astral de una persona vulgar, cualquiera que sea, está tan raras veces en reposo, que nos formaríamos una idea muy incompleta de los aspectos que puede tomar, si descuidásemos el análisis de los cambios que nos ofrece bajo la influencia de las impresiones súbitas, o de las oleadas de sensación. Además, existen ciertas características del espíritu, más permanentes, las cuales modifican el cuerpo astral y son lo suficientemente definidas para ser dignas de atención; por lo tanto, consagraremos algunas páginas para describir estos diversos efectos.

CAPITULO XVI

EMOCIONES SÚBITAS

Algunas de estas emociones, producen los resultados más sorprendentes en el cuerpo astral, y merecen un estudio atento.

En la lámina XI, por ejemplo, se ha procurado expresar los efectos que se manifiestan en una persona durante un transporte súbito de afección viva y perfectamente pura, como, por ejemplo, cuando una madre coge á su hijo en brazos y lo cubre de besos. Una viva agitación invade repentinamente el cuerpo astral, y durante un momento, los colores de su estado normal o de reposo están casi velados. En este caso, como en todos los siguientes, el cuerpo astral de una persona vulgar, tal como lo representa la lámina X, es tomado como base para ilustrar esta lámina; pero se ve muy poca cosa del anterior durante el período de una emoción momentánea. Si se observa en la lámina XI, el cambio efectuado se encontrará que consiste en cuatro modificaciones distintas:

1) Han aparecido las espirales o torbellinos de color vivo y de forma bien definida: estas espirales tienen una apariencia duradera é irradian una luz intensa que proviene del interior. Cada una de ellas, es en realidad una forma de pensamiento engendrado anteriormente en el cuerpo astral en el momento de ser proyectada hacia el objeto de esta afección. Estos torbellinos nebulosos de luz viviente, son difíciles de pintar; la belleza de su aspecto excede á toda descripción.

2) El cuerpo astral entero está lleno de líneas horizontales de luz carmesí, animadas por vibraciones aun más difíciles de describir con exactitud que las formas de pensamiento, á causa de la extrema rapidez de su movimiento. No obstante, el artista se ha distinguido en la presentación del efecto general.

3) Una especie de envoltura muy tenue color de rosa, cubre la superficie entera del cuerpo astral, de suerte que todo el interior, es visto á través de la misma como a través de un globo de color; en nuestra lámina, este velo se percibe solamente en los bordes.

4) Una oleada de color carmesí envuelve el cuerpo astral, dando en cierto modo su tinte propio á todos los demás colores, y aquí y allá se condensa en franjas flotantes é irregulares á manera de cirrus á medio formar.

Este brillante fuego artificial del plano astral, no durará probablemente más que algunos segundos, y en seguida el cuerpo volverá rápidamente á su estado normal; pero cada impulso del mismo sentimiento produce su efecto: el tinte carmesí permanente de la parte superior aumenta en algo, y deja las partículas del cuerpo astral un poco más aptas para asimilar la primera próxima oleada de afecto que se produzca. Por transitorio que sea un impulso semejante, Como quiera que es repetido muchas y muchas veces, se acumulan sus efectos.

Fijémonos, por otra parte, como entra en acción un elemento que conviene no olvidar; este elemento es la dichosa influencia ejercida sobre otra persona, por la radiación de las vibraciones tan llenas de vida, de amor y de gozo.

DEVOCIÓN

La lámina XII es casi idéntica á la XI, excepto que el azul reemplaza al carmesí; esta lámina representa el efecto momentáneo de un impulso de devoción, que envuelve y transporta al místico en estado de contemplación. Sus manifestaciones toman las mismas cuatro formas que hemos observado en el caso de un impulso de afección,

las espirales que centellean en forma de torbellinos, las líneas horizontales que vibran con rapidez, la envoltura exterior, así como las franjas nebulosas, tienen precisamente el mismo significado, sustituyendo solamente la devoción por la afección.

Un impulso tan perfecto de devoción es bastante raro, es mucho menos común que un impulso de amor igualmente perfecto; algunas veces puede verse aparecer una oleada de sentimientos de esta naturaleza, pero generalmente sin el mismo grado de precisión, en el caso de una persona que realiza un acto de adoración ante un altar, o ante una imagen de la Virgen. Generalmente, las líneas paralelas son menos regulares y menos acentuadas; las espirales claramente definidas de la lámina, son reemplazadas por nubes informes de color azul.

Estas nubes informes, de un azul oscuro, se ven á menudo en las iglesias, destacándose lentamente, como los torbellinos de una densa humareda encima de la cabeza de los fieles. Nada parecido se ve, sin embargo, en las iglesias á la moda, donde los hombres piensan en las vicisitudes de su última especulación comercial, mientras que las señoras están en sus delicias criticando mutuamente sus vestidos; tampoco se ve nada semejante en ciertas asambleas religiosas donde los pensamientos no se detienen en nada tan humilde como la adoración y la devoción, donde la arrogancia y el engrandecimiento personal se desbordan en las grandilocuentes y pomposas arengas de los oradores, así como en la actitud de los espectadores, siempre dispuestos á la controversia y á la caza de herejías. Se encuentra, por el contrario, una devoción muy real algunas veces, como se ha dicho, entre los disidentes iletrados, acompañada de cánticos bien sentidos, aun siendo desarmónicos. También se encuentra algunas veces entre pobres campesinos reunidos en una iglesia católica, y aun más á menudo entre los fieles llenos de abnegación y devoción de la Iglesia llamada ritualista. Esta devoción puede no ser manifiestamente inteligente: pues las grandes nubes azules raramente se iluminan con la más débil luz dorada; sin embargo, tal como se manifiesta es sincera, y tiene indudablemente por efecto elevar á aquellos que la experimentan.

No obstante, en la gran mayoría de los casos, la devoción como sentimiento, parece ser siempre vaga y mal definida; es verdaderamente difícil observar una manifestación tan perfecta como la que presentamos en nuestra lámina.

CÓLERA INTENSA

La lámina XIII es tal vez, de toda nuestra serie, aquella cuyo aspecto es más sorprendente, y sin otra explicación, constituye en sí misma una elocuente advertencia contra la locura y perversidad del hombre que se entrega á un acceso de cólera. Como en los casos precedentes, el cuerpo astral, en estado normal, constituye la base momentáneamente oscurecida por la oleada pasional; pero los pensamientos que en este caso se manifiestan, enérgicos y llenos de vida, son la expresión de la maldad y de la perversidad. También se presentan en forma de vórtices ó torbellinos; pero esta vez son semejantes á pesadas masas tempestuosas de un negro de hollín, alumbrados interiormente por los resplandores siniestros del odio en actividad. Nubes lúgubres, menos definidas, arrastradas por los vórtices, manchan todo el cuerpo astral, mientras que los dardos inflamados de la cólera sin freno serpentean en ellas como los fulgores del rayo. Este espectáculo es terrible" verdaderamente horroroso, y mientras más se le comprende, más terrible parece. El caso que representamos, es el de un hombre arrebatado por la ira, absolutamente fuera de sí, un hombre que en aquel momento había perdido todo dominio de sí mismo, y era capaz de asesinar ó de las más atroces crueldades. En un tal estado puede ser impulsado á cometer un crimen cualquiera, ó á

realizar en un momento dado un acto tal, que toda una vida de arrepentimiento sería impotente para borrar. Aunque de hecho, la educación y el miedo al castigo le impidiesen cometer una violencia exterior, los terribles relámpagos del odio penetran el cuerpo astral de los demás á manera de punzantes cuchillos; este hombre hiere, pues, á cuantos le rodean de una manera tan real, aunque menos visible, que si les atacara en el plano físico. Se experimenta un gran horror considerando que si constituye en realidad una fuente de peligro para los demás, el hombre mismo está sin defensa; en aquel momento, la pasión le domina por completo, el elemental del deseo es el dueño absoluto, y el hombre real ha perdido temporalmente el dominio sobre su vehículo; en estas condiciones, otra voluntad más poderosa puede apoderarse del abandonado timón, otra entidad en acecho podrá apoderarse en cierto modo momentáneamente del gobierno de la barca abandonada, y disputar su posesión al verdadero capitán cuando vuelva. En otras palabras, cuando un hombre es arrebatado por la ira, esta expuesto á ser “poseído” y obsesado por un desencarnado de análoga naturaleza, ó bien por algún elemental artificial cuyas vibraciones sean sincrónicas con las que le dominan. En este caso, no solamente constituye un peligro para sus semejantes, sino que él mismo se halla también en estado terriblemente peligroso.

El caso que hemos elegido como ejemplo, es en realidad un caso raro; un estado semejante no duraría, por regla general, más que algunos minutos; pero las mismas características, aproximadamente, se presentan en todo aquel que se abandona á un acceso de cólera violenta; si alguno de estos seres supiese bajo qué aspecto aparece á los ojos de aquellos que lo pueden ver, cuando se deja arrastrar por una explosión de cólera, se esforzaría en gran manera para evitarlo. El arrebato pasa, pero deja sus huellas; en el cuerpo astral de la generalidad de los hombres, hay siempre cierta cantidad de color escarlata, que denota la propensión á la cólera y á la irritabilidad; cada explosión de ira, añade algo y aumenta en la materia del vehículo entero la capacidad de responder con mayor facilidad que antes á estas vibraciones tan poco deseables.

Conviene también recordar que la cólera, aunque no sea permanente, queda registrada para siempre en la memoria de la naturaleza; aunque el elemental creado por la malevolencia deje de existir después de un lapso de tiempo proporcional á la intensidad del mal pensamiento generador, la viviente fotografía de todos los instantes de su vida, permanece, y los resultados de sus más remotas acciones aumentará, según una justicia rigurosa, la cuenta Kármica de su creador.

EL MIEDO

Los efectos del miedo en el cuerpo astral son curiosos; por el hecho de un terror súbito, una extraña niebla de un gris lívido invade en un instante todo el cuerpo astral, mientras que al mismo tiempo, aparecen líneas horizontales del mismo color vibrando con tal violencia, que apenas se las distingue como líneas separadas. El efecto producido es indeciblemente pavoroso, y la pintura es impotente para dar una idea fiel. La lámina XIV sugiere su aspecto tan bien como nuestros recursos permiten hacerlo en el papel; pero no puede presentar la extraña manera como momentáneamente se desvanece toda luz en el cuerpo, ni el temblor indecible que mueve toda esta masa gris como agitada por un frío intenso.

Semejantes manifestaciones denotan un pánico intenso, y generalmente pasan pronto. Un estado de miedo permanente ó de extrema nerviosidad, manifestará el mismo fenómeno por medio de formas muy diferentes; pero el color gris y el temblor característico, son los signos invariables de la presencia obsesionadora del miedo.

CAPITULO XVII

CONDICIONES MÁS PERMANENTES DEL CUERPO ASTRAL

Hemos tratado de describir los efectos inmediatos, de algunas de las emociones súbitas que afectan á los vehículos externos del hombre, y explicar que, por fugaces que sean, no dejan por eso de producir en el alma resultados permanentes. Sólo nos falta describir la manera cómo se manifiestan ciertas tendencias, ciertas condiciones del carácter, á fin de que se pueda ver hasta qué punto modifica cada una de ellas, los progresos del hombre en su camino ascendente.

Hay sin embargo, un estado, que determina un resultado considerable en la vida de la mayor parte de los hombres, que no pertenece del todo á ninguna categoría de estas influencias. Este estado, sobreviene á menudo repentinamente, y en la mayor parte de los casos, no es sostenido por toda la duración de la vida; pero no desaparece tan rápidamente como las impresiones de que ya hemos hablado. Como quiera que sea, en la vida de un hombre semejante al representado en las láminas VIII , IX y X, esta impresión es generalmente el principal acontecimiento, á menudo el único verdaderamente luminoso, en una existencia que, por otra parte, es monótona, egoísta y sin ideales; la única ocasión en que esta persona ha podido elevarse temporalmente sobre sí misma, y vivir durante un determinado periodo, en un nivel completamente superior.

Esta súbita transformación, sobreviene en una persona cuando «se enamora». Es difícil para aquellos de entre nosotros que tienen la dicha de vivir una vida más elevada y más culta, darse cuenta del cambio que esta pasión opera en la existencia del hombre que hemos descrito como el hombre vulgar. Aquellos que viven en la atmósfera más libre de las artes, de la música, de la ciencia y de la filosofía, aquellos que se preocupan de los intereses del mundo en general, y cuyos pensamientos son habitualmente altruistas, difícilmente pueden trasladarse en alas de la imaginación, al grado de evolución en que se encontraban en períodos precedentes, la condición de las almas menos evolucionadas, con su intensa concentración en sí mismas, con su horizonte tan limitado y sus miras estrechas y mezquinas. Es evidente que la divinidad reside en las almas más jóvenes, si bien en estado latente, y no es raro cuando se presenta una ocasión oportuna, verles sobresalir brillantemente en actos de gran heroísmo ó admirable sacrificio.

Pero esto no impide que sus almas sean más jóvenes, y que en las circunstancias ordinarias vivan la vida más limitada de que antes hemos hablado.

En una vida oscura y llena de limitaciones, brilla repentinamente un rayo de lo alto, y en respuesta, la divina chispa que reside en aquel ser, ilumínase con una llama más viva.

En lo sucesivo, semejante hombre podrá perder la benéfica influencia, y caer de nuevo una vez más en la oscuridad de sus anteriores días; pero nada será capaz de arrebatarse el beneficio de haber visto las puertas de oro, y de haber recibido, hasta cierto punto, la revelación gloriosa de la vida superior. Ha atravesado una fase en que, durante un lapso de tiempo más ó menos largo, el yo ha sido destronado, en la que otro ser ha ocupado el primer puesto; de este modo, aprende por primera vez, una de las lecciones más bellas de su larga evolución. Edades pasarán antes de que la lección sea perfectamente asimilada; sin embargo, este primer vislumbre es de una importancia trascendental para el Ego, y los efectos que produce en el cuerpo astral merecen una especial atención.

Esta transformación es inesperada, y completa; es tal como puede verse comparando la lámina X con la XV. Es tan extraordinaria la transformación, que ambos cuerpos parece

que no pertenecer á la misma persona. Se puede ver que por el momento, algunas cualidades han desaparecido completamente, que otras se han vivificado mucho, y que sus respectivas posiciones han cambiado considerablemente.

El egoísmo, la falsedad y la avaricia se han desvanecido, y la parte más inferior del óvalo se ha llenado con una gran cantidad de pasiones animales. El verde de la adaptabilidad, ha sido reemplazado por el verde terroso de los celos, y la extrema actividad de este sentimiento, se manifiesta por los brillantes rayos de color escarlata correspondientes á la cólera, que penetran este color.

Los cambios desfavorables, son más que compensados por la espléndida franja carmesí que ocupa la mayor parte del óvalo. De momento, ésta es la característica dominante, y el cuerpo astral, resplandece por completo con su luz. Bajo su influencia, el aspecto general terroso del cuerpo astral en su estado ordinario, ha desaparecido, y tanto los buenos como los malos colores, son ahora brillantes y claramente definidos. Hay en este caso una intensificación de la vida en determinadas direcciones.

Se observará también que el azul de la devoción, ha mejorado notablemente, y tal ha sido el progreso realizado, que un pálido tinte violeta aparece en la cima del ovoide; el violeta indica la capacidad de responder á un ideal realmente elevado y desprovisto de egoísmo. Por el contrario, el amarillo del intelecto ha desaparecido completamente, lo que creo haría decir á un espíritu burlón, que la estupidez es la característica de tal estado.

Apenas parece posible que después de este brillante estado pueda el hombre caer de nuevo en la condición representada por la lámina X; sin embargo, esto es lo que sucede en la mayor parte de los casos; pero aun entonces, el carmesí queda aumentado considerablemente, y su color es más vivo que antes. La experiencia de un amor real, es evidentemente muy ventajosa para el Ego, y le hace realizar un progreso definido, aunque pueda ir acompañado de muchas cosas poco deseables. La afección intensa y desinteresada que algunos niños sienten á veces por otros de más edad, es un poderoso factor para su progreso, pues siendo libre este afecto de toda relación con la naturaleza animal inferior, es para ellos un beneficio efectivo. Sucede lo mismo que con las flores de los árboles frutales: su forma, á menudo muy bella, no tiene utilidad aparente, pero no deja de tener su objeto: la flor efectúa la atracción de la savia que producirá el fruto venidero.

EL IRASCIBLE

Ahora vamos á examinar la manera cómo se expresan en el cuerpo del hombre, ciertas peculiaridades del carácter. El caso del hombre irascible es un buen ejemplo. Del modo que le podemos ver en la lámina XVI, ha y en su cuerpo astral habitualmente, como nota dominante, una ancha franja escarlata. Pero lo que especialmente le diferencia de los demás hombres, es la presencia, en todo el cuerpo astral, de pequeñas manchas flotantes del mismo color escarlata, algo parecidas en su forma á puntos admirativos.

Estos puntos son el resultado de pequeños accesos de cólera provocados por los disgustos insignificantes que constantemente ocurren en el curso ordinario de la vida. Cada vez que la persona sufre una contrariedad -por ejemplo, si encuentra el café frío, si le ha escapado el tren, ó si el niño ha vertido el tintero-, el hombre irascible deja escapar una exclamación de impaciencia o de cólera, y un pequeño relámpago escarlata revela este sentimiento no dominado. En ciertos casos, estos pequeños impulsos de un temperamento indisciplinado, se escapan hacia la persona que se ha hecho acreedora á la represión; pero en muchos otros casos, permanecen simplemente flotando,

suspensos en la materia del cuerpo astral, y presentan el aspecto representado en nuestra lámina. Estas manchas se debilitan gradualmente, pero al instante son reemplazadas por otras, pues el hombre irritable jamás carece de motivos de enfado.

EL AVARO

Otro espectáculo sorprendente, pero afortunadamente menos común, es el que hemos presentado en la lámina XVII. El fondo difiere un poco del cuerpo astral ordinario, pues se nota la ausencia total de la devoción y una porción de afecciones mucho más inferiores á la normal. La avaricia, el egoísmo, la malicia y la adaptabilidad, ó, mejor dicho, la astucia, son intensas, pero por otra parte hay muy poca sensualidad. La característica más notable, sin embargo, se encuentra en la curiosa serie de líneas paralelas casi horizontales que cruzan el óvalo, y causan la impresión de que el hombre está encerrado en una jaula. Estas líneas de un color opaco -casi de tierra siena quemada- están unidas y claramente marcadas en sus bordes superiores, pero se funden hacia abajo en una especie de nube. Este es el ejemplo de una avaricia bien caracterizada, de un caso extremo y naturalmente poco común; pero un gran número de personas tienen, al parecer, en su naturaleza, algunos elementos del avaro y los manifiestan por una intensificación del color de la avaricia, y por una ó dos de estas líneas en la parte superior del cuerpo astral; el tipo que hemos elegido como ejemplo es excepcional, y es raro encontrar una persona tan completamente dominada por este vicio. Mientras el vicio persiste, parece tener por efecto la paralización de todo desarrollo, y es muy difícil deshacerse de él una vez ha dominado la personalidad.

ABATIMIENTO PROFUNDO

El cuerpo que se ve en la lámina XVIII, se parece al precedente bajo muchos aspectos. No obstante, tenemos aquí líneas de un gris opaco en lugar de las líneas terrosas, y el efecto total, desde el punto de vista del observador, es indescriptible: tan triste y deprimente es. En este caso, parece que no está ausente ninguna cualidad, y tenemos como fondo, los colores ordinarios del cuerpo astral; pero todos son velados por estas pesadas líneas de una profunda tristeza. Nuestro cuadro representa una persona dominada por un acceso de extremo abatimiento, y naturalmente, existen un gran número de grados intermediarios entre el ejemplo que hemos elegido y el representado por un cuerpo astral en estado normal. Una persona puede no tener más que algunas de las líneas que caracterizan el abatimiento, y aun éstas, pueden ser transitorias, ó bien, en casos menos determinados y menos persistentes, la espesa nube puede apenas tener el tiempo necesario para ordenarse en líneas. No obstante, son muchas las personas que se abandonan á estas impresiones, y se dejan envolver con la nube de la desesperación; entonces, el mundo entero les parece cubierto con un velo de negrura. No se dan cuenta de que por esta actitud de su ánimo, retardan seriamente su propia evolución, pierden la oportunidad de muchas experiencias aprovechables, y causan así, sin necesidad, injusticias y sufrimientos á cuantos les rodean.

No hay estado psíquico que sea más contagioso que éste; sus vibraciones irradian en todas direcciones, y sus efectos disolventes y funestos penetran en todos los cuerpos astrales que se les aproximan, ya pertenezcan á un encarnado ó á un desencarnado. El hombre que se abandona de este modo al desaliento, es un peligro tanto para los vivos como para los muertos, pues en estos tiempos de especulaciones intelectuales y de

nerviosidad, la mayor parte de las personas difícilmente resisten el contagio de estas tristes vibraciones. Sólo está al abrigo de tan terribles influencias, aquel que comprende en parte el porqué de la vida, aquel que la mira desde el punto de vista filosófico y práctico, aquel que se da cuenta de que tiene el deber de ser feliz, puesto que es la voluntad del Logos que lo sea. El estudiante de Teosofía, debería distinguirse de los demás por la perfecta serenidad con que debe hacer frente á todas las dificultades, así como por el gozo radiante que experimenta al ayudar á los demás.

Felizmente, pueden ser las buenas influencias difundidas á nuestro alrededor: del mismo modo que pueden serlo las malas, y el hombre que es lo suficientemente sabio para ser feliz, se convertirá en un centro de felicidad para los demás, en un verdadero sol irradiando luz y alegría á su alrededor, en la medida que le permitan sus oportunidades, en un colaborador de Aquel que es el manantial de toda felicidad. Así es que todos debemos contribuir á la desaparición de las tristes líneas del abatimiento, á fin de que el alma, su prisionera, sea libertada en la gloriosa luz del amor divino.

EL DEVOTO

Para terminar el estudio de los diversos aspectos del cuerpo astral, será conveniente examinar dos tipos muy distintos, en cuya comparación tendremos mucho que aprender. El primero está representado en la lámina XIX y podríamos decir que corresponde al devoto. Los colores de su cuerpo astral nos demuestran sus características particulares; así pues, vemos que posee algo, aunque poco, del color violeta pálido, que indica la posibilidad de ser atraído por un ideal elevado. La nota dominante de este tipo, es un desarrollo poco común del color azul, indicio de una profunda religiosidad: desgraciadamente sólo se ve una pequeña porción del color azul claro puro que representa la devoción desinteresada; en su mayor parte, es de un tono más oscuro y borroso, que indica la existencia de una regular cantidad de deseo, y de interés personal. La pequeña parte de amarillo, denota en nuestro sujeto una inteligencia demasiado limitada; la inteligencia es muy necesaria para llenar debidamente los deberes religiosos, y para no caer en una beatería poco razonable, la afección y la adaptabilidad, están bastante bien representadas, aunque no sean de un orden muy elevado; en cuanto á la sensualidad, su proporción excede en mucho el término medio, y la astucia, así como el egoísmo, son también preponderantes. Es curioso observar que una gran sensualidad y un temperamento religioso, se vean tan á menudo unidos; esto parece dar á entender que debe existir alguna relación oculta entre estos dos aspectos, o bien puede ser que ambos, constituyan el temperamento de un ser que vive tan solo de sensaciones, y que es gobernado por éstas, en vez de tratar de dominarlas por medio de la razón. Hay otro punto en el cual conviene fijar la atención; este punto es la irregularidad en la distribución de los colores, y la vaguedad de sus contornos; todos ellos se funden los unos en los otros, y en ninguna parte hay líneas claras y definidas. Esto representa una característica especial, esto es, la vaguedad de las aspiraciones del devoto. Es evidente que en este ejemplo, como en los demás del mismo capítulo, consideramos únicamente las variaciones en el hombre vulgar. El cuerpo astral de la lámina XIX no es, pues, el de un devoto desarrollado, guiado por la razón, y cuya devoción es el fruto del conocimiento, sino el de un devoto vulgar y poco inteligente.

EL CIENTÍFICO

El observador no puede menos de quedar maravillado ante el contraste que presenta el cuerpo representado en la lámina XX comparado con el que acabamos de describir. Las principales características de la lámina XIX son la devoción (o un aspecto de la misma), el sensualismo, y una pequeña parte de intelectualidad. En el tipo que representa la lámina XX ya no tenemos nada de religiosidad y el sensualismo es mucho más limitado de lo que lo es en la generalidad; pero, por el contrario, el intelecto está desarrollado en un grado casi anormal. El afecto y la adaptabilidad están débilmente representadas, y son de calidad mediana; parecen eclipsadas por el desarrollo de la inteligencia; en efecto, el tipo que examinamos, no está aún lo suficientemente evolucionado para poseer á la vez todas estas cualidades en su más elevado aspecto. También se observa en él, si bien en mediana proporción, el egoísmo, la avaricia y cierta tendencia á los celos. Pero la característica preponderante de este ser, es la gran cantidad de amarillo dorado, el cual demuestra una inteligencia bien desarrollada y, sobre todo, dirigida hacia la adquisición del conocimiento. Un gran cono de color anaranjado brillante se eleva en medio del amarillo, é indica la presencia de una notable cantidad de orgullo y de ambición unidas á este saber.

Sin embargo, el tono particular del amarillo, excluye toda idea de envilecimiento del intelecto para fines puramente egoístas.

Será útil observar que la costumbre del orden en el científico, tiene su influencia consiguiente en la disposición de los colores astrales: éstos propenden á disponerse en franjas regulares, y las líneas de demarcación entre ellas son más definidas que en los ejemplos precedentes.

Es evidente que los cuerpos representados en las láminas XIX y XX corresponden á dos tipos de desarrollo distintos; y si cada uno de ellos tiene su lado bueno, también tienen marcadas desventajas.

Vamos ahora á examinar los vehículos del hombre más desarrollado; éste posee en un grado superior todas las diversas y, sobre todo, bien equilibradas cualidades, de suerte que cada una sostiene y fortifica á la otra, en lugar de dominarlas o reprimirlas.

CAPITULO XVIII

EL HOMBRE EVOLUCIONADO

La palabra «evolucionado» es relativa y conviene explicar con exactitud lo que en este caso hemos de entender. Los vehículos que hemos designado con esta expresión, son los que puede poseer toda persona de pensamientos puros, habiendo definitivamente y racionalmente dirigido sus afectos y aspiraciones hacia las cosas elevadas. Estos vehículos no son, en modo alguno, los de un hombre muy avanzado en el sendero que conduce al Adeptado, pues en este caso encontraríamos una diferencia considerable, tanto en su intensidad como en su disposición. Pero nos indican con claridad que aquel ser, del cual son la expresión, investiga la verdad, se ha elevado por encima de los simples intereses terrenales, y vive por un ideal. En esta categoría, se encuentran algunos más avanzados en una dirección que en otra; pero el ejemplo que hemos elegido es el de un hombre bien equilibrado, un término medio entre aquellos que han alcanzado el nivel de que hablamos.

Examinemos primero la lámina XXI, que nos representa al cuerpo causal. Si lo comparamos con las láminas V y VIII veremos cuál ha sido el progreso del hombre y bajo qué aspecto se manifiesta.

Observamos que numerosas y bellas cualidades se han desarrollado en él, pues el espléndido y matizado globo (o envoltura peculiar) está lleno de los más exquisitos colores, que simbolizan las formas más elevadas del amor, de la abnegación y de la simpatía, á los cuales viene á añadirse un intelecto refinado y espiritual, así como las constantes aspiraciones hacia lo divino. Permitidme reproducir una cita de nuestro sexto manual teosófico “El Devachán”:

«Este cuerpo, compuesto de una materia cuya tenuidad é imponderabilidad son inconcebibles, de una vida intensa y palpitante como un fuego viviente, á medida que se perfecciona su evolución se transforma en un globo de radiantes colores, cuyas vibraciones producen ondulaciones de cambiantes matices, colores desconocidos por nuestros ojos mortales, y cuyo brillo, dulzura y transparencia, nuestro lenguaje sería impotente para describir.

Imaginaos, por ejemplo, los colores de una puesta de sol en Egipto, y añadid la maravillosa dulzura de una noche de estío en nuestros países del norte; prestad aún á estos colores más luz, transparencia y esplendor, de tal modo que trascienda á cuanto pueda proporcionar la paleta de un pintor, y sin embargo, aquel que no las ha visto no podrá llegar á imaginar la belleza de esas radiantes esferas que brillan en el campo visual de un clarividente cuando se eleva á este mundo superior.

Todos los cuerpos causales de esta clase, están llenos de un fuego viviente que se deriva de un plano más elevado, con el cual parece unido cada globo por un hilo centelleante de luz tan intensa, que nos recuerda con claridad las palabras de las estancias de Dzyan: «La chispa está suspendida de la llama por el hilo más tenue de Fohat.»

Mientras más crece y se nutre el alma del inagotable Manantial del Espíritu divino, por medio del canal luminoso del cual está suspendida, más se extiende y se dilata este canal bajo la acción del fluido que la inunda; entonces, en el próximo subplano se ve como un torrente de luz que une la Tierra con el Cielo. Más alto aún, se resume en una esfera inmensa de donde brotan oleadas de luz viviente, como un océano sin límites en cuyo seno parece fundirse el cuerpo causal: «El hilo que une al Vigilante silencioso con su sombra, se hace más fuerte y más radiante á cada cambio. Los resplandores de la aurora se han convertido en el glorioso esplendor del sol de mediodía. Esta es tu rueda

actual, dice la llama á la chispa. Tú eres yo mismo, mi imagen y mi sombra. Yo me he revestido de ti y tú eres mi Vahan hasta el día (sea con nosotros) en que te convertirás en mí mismo y en los demás, en que seas tú mismo y yo.»

¡Cuán impotente se siente uno al tratar de expresar toda esta gloria en una hoja de papel! Nuestro artista (12), sin embargo, ha conseguido con suma habilidad representar lo que ningún pincel es capaz de expresar; y aunque la imagen física mejor ejecutada no pueda estar sino muy lejos de la trascendental realidad, ofrece sin embargo, á nuestra imaginación un punto de partida que nos permitirá formarnos una idea de la inexplicable realidad.

No debemos dejar de mencionar una de las características más bellas del hombre evolucionado, esto es, su, aptitud para canalizar la fuerza que recibe de lo alto. Se ven emanar de su cuerpo causal corrientes de esta fuerza en diversas direcciones, pues la ausencia de egoísmo, su actitud compasiva y su generosidad, permiten á la fuerza divina expresarse en él como un poderoso manantial por cuya mediación llega á muchos de aquellos que no son bastante fuertes para recibirla directamente. Convertirse de este modo en uno de los limosneros de Dios, es un privilegio digno de todos nuestros esfuerzos; su logro está á nuestro alcance por poco que nos esforcemos.

Las brillantes chispas que coronan la parte superior del óvalo, indican la actividad de las aspiraciones espirituales. Estas aumentan en gran manera la belleza y la magnitud del conjunto. Por humildes que sean las ocupaciones del hombre en el plano físico, estos rayos no dejan de elevarse constantemente del cuerpo causal; pues, cuando el alma está despierta en su propio plano, y comienza á comprender lo que ella es, así como la naturaleza de sus relaciones con lo divino, aspira siempre hacia la causa de donde emanó, y permanece indiferente á todas las actividades que por un tiempo determinado pueda ejercer en los planos inferiores.

No olvidemos que aun la personalidad más noble, permanece siempre como una débil y pobre expresión del yo. Así pues, desde que el hombre superior comienza á desgarrar su propio velo, un campo de acción casi ilimitado se abre ante él, un horizonte inmenso, del cual nuestra limitada vista física no puede darnos idea alguna.

Los pensamientos y aspiraciones espirituales, se manifiestan en el hombre desarrollado por medio de una muy gloriosa aureola, la cual constituye el canal dispensador del poder divino, de tal suerte: que mientras más potentes y definidas son sus aspiraciones, más grande es la medida de la gracia que recibe de lo alto.

EL CUERPO MENTAL DEL HOMBRE EVOLUCIONADO

A medida que el observador estudia un ser cada vez más elevado, no puede menos de quedar sorprendido de lo que sus diferentes vehículos, no solamente se han sutilizado y mejorado, sino que también se han hecho más semejantes los unos á los otros.

Admitiendo que existe entre los diversos colores pertenecientes á los niveles inferior y superior del plano mental, la misma diferencia que existe en la escala cromática en diferentes tonos, la lámina XXII es casi una reproducción de la lámina XXI y la analogía entre las láminas XXII y XXIII parecerá aun más notable.

Recordemos sin embargo, que al compararlos entre sí, los colores astrales son, á su vez, de un tono inferior á los del nivel mental más bajo.

Si comparamos aún entre sí las láminas XXII, IX y VI, se verá que el progreso desde el cuerpo mental del salvaje, hasta el hombre libre de egoísmo, es bien definido. Se podrá observar que el orgullo, la cólera y el egoísmo, han totalmente desaparecido, y que los colores restantes, no solamente se han intensificado hasta llenar la totalidad del óvalo,

sino que su tonalidad ha mejorado hasta el punto de causar una impresión completamente distinta.

Cada uno de los colores, es más armónico, más delicado, puesto que ha desaparecido todo sentimiento egoísta; á estos colores viene á añadirse el violeta puro con estrellas de oro, las cuales denotan la adquisición de nuevas y más elevadas cualidades. El elevado poder que hemos visto irradiar á través del cuerpo causal, actúa igualmente á través del vehículo mental, aunque ,con menos fuerza. El cuerpo mental que hemos reproducido, es ya de un tipo muy elevado, está bien desarrollado, y contiene todas las posibilidades de un rápido progreso en el sendero, cuando la hora haya sonado.

EL CUERPO ASTRAL

A primera vista, el cuerpo astral del hombre evolucionado que figura en la lámina XXIII, parece mucho al vehículo mental; pero en realidad, no es más que una reflexión de este último en la materia más grosera del plano astral. Esta analogía, nos indica que un hombre tal, ha vencido ya enteramente sus deseos, por el predominio mental, y que su ya despierta razón, es capaz de resistir con firmeza el asalto furioso de las pasiones. No habiendo dado aún los primeros pasos en el sendero; persiste aún en él la propensión á irritarse eventualmente, o á ceder á ciertas necesidades imperiosas y poco deseables; pero sabe lo bastante para reprimir en lo sucesivo estas manifestaciones de orden inferior, y para sostener contra ellas una lucha constante en lugar de ceder á su dominio. Si bien estos defectos pueden todavía influir temporalmente al cuerpo astral, no podrán en cambio producir en él impresiones duraderas, y cederán por último ante las vibraciones mucho más potentes de las cualidades superiores.

En las mismas condiciones, pero en un estado todavía más avanzado, el mismo cuerpo mental se convierte en una reflexión del cuerpo causal; pero entonces, los impulsos del Yo superior son los únicos guías de este hombre, así como de su razón.

Esta lámina, nos explica un hecho interesante relativo á la luz amarilla que representa el intelecto. Cuando este color se presenta en el óvalo, se manifiesta invariablemente en su punto más superior, en la proximidad de la cabeza; éste es el origen del glorioso nimbo que se representa alrededor de la cabeza de los santos; en efecto, el amarillo, es el color que más se destaca en el cuerpo astral, y el más fácilmente perceptible por todo aquel que se aproxima á los límites de la clarividencia. Algunas veces puede aún ser visto sin el auxilio astral; así, cuando una persona un poco desarrollada lleva á cabo un esfuerzo de cualquier naturaleza, ya sea en un sermón o en una conferencia, sus facultades intelectuales están sometidas á una actividad inusitada, y entonces la aureola amarilla se ve intensificada. En algunos casos que he observado, esta aureola franqueó los límites de la visión física, y fue percibida por muchas personas que no tenían otro poder visual que el de nuestro plano. En estos casos, no es que las vibraciones astrales disminuyan en intensidad hasta descender más abajo del grado vibratorio que las separa de la vibración física, sino que por el contrario, Son cada vez más enérgicas, hasta el punto de provocar vibraciones sincrónicas, aun en la pesada y grosera materia del plano físico. Los pintores de la edad media que pusieron una aureola alrededor de la cabeza de los santos, tomaron la idea, sin duda, de la percepción accidental de este fenómeno, -o de las tradiciones de los clarividentes. Recordemos también, que se encuentra representada á menudo una cruz en la aureola del Cristo; esta adición, estrictamente hija de la imaginación, no es desmentida por la observación oculta, pues frecuentemente se ha visto que las figuras geométricas que simbolizan ciertos pensamientos elevados y de

trascendental alcance, se encuentran en las auras de personas muy evolucionadas. Véase el artículo de Mme. Besant sobre las “Formas de Pensamiento” (13).

El estudiante sacará algún provecho comparando cuidadosamente los ejemplos que presentamos entre sí; en primer lugar, examinará cada cuerpo causal en su relación con el cuerpo mental y el astral, que son sus expresiones parciales, y comprenderá de este modo la relación que existe entre estos diferentes vehículos; luego, comparará los tres cuerpos astrales de las láminas VII, X y XXIII, para darse cuenta de los progresos realizados en el cuerpo de deseo; de todos los vehículos del hombre, este último es el que el clarividente percibe más fácilmente, y es también el único que puede ver la persona que posee el desarrollo psíquico ordinario.

La misma comparación podrá hacerse entre las láminas IX y XXII, después entre las V, VIII y XXI, que servirá para comprobar los progresos del hombre en los cuerpos superiores.

En nuestra literatura teosófica, tenemos muchos libros en que hay explicaciones complementarias de toda esta evolución, y determinan las cualidades morales necesarias para los diversos estados.

Es éste un tema de gran interés, pero que excede algo á los límites de este trabajo. Aquellos que deseen estudiarlo, harán bien en consultar “Protectores invisibles”, capítulo XIV al XVI, y leer después de éste los libros de Mme. Besant: “Hacia el Templo” y “El Sendero del Discipulado”.

Por la lectura de estas obras, podrá el estudiante formarse una idea, no solamente de las condiciones de nuestro progreso futuro, sino también del objeto y glorioso porvenir que nos espera cuando hayamos alcanzado esas condiciones; cuando después de muchas encarnaciones sobre esta vieja madre tierra, hayamos aprendido por último las lecciones que su vida física tiene por objeto enseñarnos. Entonces habremos llegado á la «resurrección de los muertos», á la que con tanto ardor aspiraba San Pablo, pues entonces nos habremos librado de la muerte y del nacimiento; habremos franqueado el ciclo de necesidad, y seremos libres para siempre; libres para auxiliar a nuestros hermanos y compañeros en el sendero que acabamos de recorrer, hasta que ellos puedan alcanzar á su vez al que para nosotros se ha convertido en nuestra luz y nuestra victoria. Este objeto es el mismo para todos; cada alma, por joven que sea, alcanzará más ó menos tarde esta gloriosa meta. La «salvación» no es dudosa para nadie, puesto que el hombre no tiene necesidad de ser salvado sino de su propio error, y de su propia ignorancia: para él no hay una «esperanza eterna», sino una eterna certeza. Todos deben alcanzar esta gloria, puesto que tal es la voluntad de Dios, que no nos ha dado la existencia sino con este solo objeto. Siempre progresa el mundo, nuevos poderes comienzan á desarrollarse, y es seguro que esta aurora matutina se convertirá en un glorioso medio día. Nuestra vista, aun la más penetrante, no descubre término alguno á las perspectivas de progreso que tiene ante sí la humanidad; solamente sabemos que estos progresos conducen á indescriptibles esplendores, ilimitados y divinos.

CAPITULO XIX

EL AURA DE SALUD

Hasta el presente nos hemos ocupado exclusivamente de las relaciones que existen entre los vehículos del hombre, y los planos superiores; pero nuestra exposición sería incompleta, si guardásemos silencio respecto de la materia física extremadamente sutil, que la vista del clarividente percibe como formando parte del aura humana. La mayor parte de esta materia, está en estado etéreo, y constituye el que se llama á menudo el doble etéreo. No es en modo alguno un vehículo distinto, sino que debe ser considerado como formando parte del cuerpo físico. Esta aura física, aparece al clarividente como una nube de vapor débilmente luminoso de un gris violáceo, interpenetrando la parte más densa del cuerpo físico y extendiéndose ligeramente á su alrededor; podremos darnos más exacta cuenta, consultando las láminas XXIV y XXV. Esta materia etérea, es el lazo que une XX astral á lo físico; 'pero desempeña además un papel muy importante, pues sirve de vehículo á la fuerza vital en el plano físico.

El sol, dispensador de calor y de luz, es para nuestro mundo la fuente de toda vida; en el sentido íntimo de la palabra, es también el origen de la fuerza vital que nos inunda.

Dicha fuerza, llena constantemente la atmósfera terrestre; cuando el sol brilla, es más activa, y nuestros cuerpos viven únicamente por la absorción de la misma.

Uno de los objetos de la parte etérea del bazo, es absorber esta energía vital, especializarla y transformarla cuando pasa por este órgano, y darle un aspecto diferente. La fuerza en sí misma, es invisible como todas las demás fuerzas; pero estando difundida á nuestro alrededor en la atmósfera, se manifiesta en forma de millones de partículas tenues, incoloras, y sin embargo, de una actividad intensa. Después de, haber sido absorbida la fuerza vital en el organismo humano por medio del bazo, estas partículas toman un hermoso color de rosa pálido, y lo mismo que los corpúsculos sanguíneos circulan á lo largo de las arterias y de las venas, del mismo modo una continua oleada de estas partículas se precipita á lo largo de los nervios, tanto en la superficie como en el interior del cuerpo. Hemos tratado en nuestra lámina de representar el aspecto general de esta corriente, sin pretender no obstante, dar una idea exacta del sistema nervioso. No hay duda que dicha corriente es necesaria para el funcionamiento regular de los nervios, pues, cuando deja de actuar, no hay sensación. Sabemos que una pierna puede ser entumecida por el frío, hasta el punto de hacerse insensible al tacto. La razón de esta insensibilidad, consiste en la carencia de circulación de la fuerza vital, aunque se pueda suponer que consiste en la falta de circulación de la sangre; pero aquellos que han estudiado el magnetismo, saben lo fácil que es producir por medio de pases magnéticos una insensibilidad semejante.

Este hecho, no altera en manera alguna la circulación de la sangre, puesto que el miembro conserva su calor, pero suspende la circulación del fluido vital y lo sustituye por el del magnetizador. En cuanto la vista nos permite comprobar, los nervios permanecen intactos y en perfecto estado, pero no cumplen su misión transmisora, puesto que el fluido que los anima no está en este caso en relación con el cerebro del sujeto, sino con el del operador.

En un hombre que esté en perfecto estado de salud, el bazo funciona activamente; la fuerza vital se especializa por completo é irradia al exterior en todas direcciones. Por consiguiente, una persona que se encuentra en este caso, no solamente es capaz, por el uso de pases magnéticos o sin ellos, de ceder intencionadamente una parte de su fluido á otra persona, sino que vierte sin cesar, aunque inconscientemente, el vigor y la vitalidad en todos aquellos que se le aproximan. Por otra parte, un hombre á quien una

enfermedad u otro motivo cualquiera le impide especializar para su uso, una cantidad suficiente de la fuerza vital del mundo (Jiva), obra algunas veces, aunque también inconscientemente, á manera de una esponja, y absorbe el fluido ya especializado de todo ser sensitivo que tenga la desgracia de encontrarse cerca de él; éste obtiene temporalmente semejante facultad, causando bastante á menudo un serio perjuicio á su víctima.

Muchas personas han experimentado este hecho, aunque en poco grado, pues han encontrado entre sus relaciones, ciertas personas cuyas visitas dejaban siempre una impresión de fatiga y de inexplicable languidez. Una laxitud semejante, es á menudo sentida por aquellos que frecuentan las sesiones espiritistas, y no toman ninguna precaución contra la absorción de su fuerza vital que tiene lugar durante las manifestaciones.

Esta radiación produce un efecto sorprendente en lo que llamamos la parte puramente física del aura humana. Es un hecho bien conocido, que partículas sutiles de materia densa de orden físico, son desechadas constantemente fuera del cuerpo humano, ya sea por la transpiración insensible, o bien por otros medios. El clarividente ve en una ligera niebla gris, el conjunto de estas partículas que, en muchos casos, no son otra cosa que diminutos cristales que afectan, por consiguiente, formas geométricas; entre los de más fácil percepción se encuentran los pequeños cubos de cloruro de sodio o sal común. Esta parte puramente física que emana del cuerpo del hombre y le envuelve por todos lados, es llamada á menudo el aura de salud, puesto que sus condiciones son en gran manera determinadas por la salud del cuerpo. Esta aura es ligeramente azulada, casi incolora, y parece estriada, es decir, está llena, ó, más exactamente, está compuesta de una infinidad de líneas rectas que irradian igualmente en todas direcciones, y salen de los poros del cuerpo humano. Tal es, á lo menos, el estado normal de estas líneas, cuando el cuerpo está en perfecta salud; en este estado son regulares, y tan completamente paralelas como les permite su radiación. Pero en casos de enfermedad se produce inmediatamente un cambio; en la proximidad de la parte afectada, las líneas se hacen irregulares, entre cruzándose en el más completo desorden, o encorvándose como los pétalos de una flor marchita.

Es conveniente fijarse bien en este curioso aspecto. Al emitir el cuerpo sano una constante radiación de fuerza vital, produce en el aura de salud la rigidez y el paralelismo de las líneas; tan pronto como cesa esta radiación, las líneas se hacen irregulares y confusas. Una vez el paciente se restablece, se reorganiza gradualmente la radiación normal de esta energía, y las líneas del aura toman de nuevo el orden regular. En tanto que las líneas son firmes y rectas, y la fuerza irradia de ellas de una manera continua, parece estar el cuerpo casi por completo al abrigo de las influencias físicas insanas, como, por ejemplo, los gérmenes de enfermedades; estos gérmenes, son repetidos por la proyección de la fuerza vital. Mas este sistema de defensa es muy insuficiente, y es relativamente fácil, para los agentes morbosos, entrar en el organismo, cuando por una causa cualquiera, ya sea por debilidad, por herida ó lesión, por un trabajo excesivo ó por extremado abatimiento moral, ó bien por los excesos de una vida irregular, es necesaria una cantidad extraordinaria de vitalidad para reparar el daño ó las pérdidas sufridas por el cuerpo, puesto que hay una notable disminución en la energía de las radiaciones.

Es útil mencionar aquí, la posibilidad que hay de detener, por medio de un esfuerzo de voluntad, la radiación vital en el extremo límite de sus líneas, y allí construir una especie de escudo ó de capa absolutamente impenetrable para esos gérmenes, y un esfuerzo un poco mayor, puede hacerlo igualmente impenetrable para las influencias elementales del plano astral, y esto, tan largo tiempo como persista el esfuerzo volitivo.

Las láminas XXIV y XXV, representan los tipos del aura de un cuerpo sano y de un cuerpo enfermo. No hay que olvidar que esta aura, es casi incolora; está compuesta de materia física y no necesita por in tanto, para ser vista, una visión tan desarrollada Como para la parte astral del aura; pero en los primeros grados de clarividencia, es á menudo percibido el cuerpo astral, antes que el aura de salud, en razón del brillo radiante de sus colores y de su continuo movimiento.

CAPITULO XX

EL CUERPO CAUSAL DEL ADEPTO

Las láminas de este libro, serán, probablemente bastante instructivas para aquellos de nuestros lectores que todavía no pueden ver ninguno de los vehículos superiores del hombre, y con esta esperanza las hemos publicado. En cuanto á las personas que pueden ver, aun reconociendo el mérito del trabajo concienzudo del artista, así como su habilidad, estarán unánimemente de acuerdo, en que ningún esfuerzo humano puede estampar sobre la tela o el papel, de una manera adecuada, ni aun el más inferior de los planos superfísicos. Si esto es así (y en verdad así es), ¿cuánto mayor será la imposibilidad de representar el aura del Adepto, esto es, el aura del hombre que ha alcanzado la meta de la humanidad, aun más, que la ha traspuesto y se ha convertido en un ser más que humano?

Las dimensiones del cuerpo causal del Adepto, han crecido extraordinariamente; su radiante gloria resplandece como un sol refulgente; su brillo confunde, traspasa los límites de la imaginación.

Es tal su magnificencia, que no sabríamos dar una idea de la belleza de su forma y de su color, pues el lenguaje humano no posee palabras para describir estas radiantes esferas. El cuerpo causal del Adepto por sí solo, exigiría un volumen; mas este trabajo, no puede ser emprendido sino por un hombre muy avanzado ya en el Sendero.

Lo que, sin embargo, puede verse fácilmente, es que el cuerpo causal del Adepto, no solamente es mucho más grande que el del hombre vulgar, sino que sus colores están dispuestos de una manera distinta. Los colores han cesado ya de moverse como nubes turbulentas; ahora están ordenados en vastas divisiones concéntricas penetradas por todas partes por rayos de luz viviente que brotan del Adepto, como de un centro de fuerza. El orden de los colores cambia según la clase á que el Adepto pertenece, de suerte que pueden distinguirse muchas variedades bien definidas entre estos gloriosos vehículos.

Parecerá una cosa extraña, que dado el carácter oculto del tema que nos ocupa, nos haya sido transmitida una revelación perfectamente exacta de este hecho por las imágenes del Buddha que pueden verse groseramente pintadas en los muros de los templos de Ceylán. El Gran Instructor, es habitualmente representado rodeado de una aureola; y lo sorprendente, es que los colores, así como la disposición general de esta aura, serían manifiestamente impropios é inadmisibles si se refiriesen á un hombre vulgar, o á un simple Adepto (si es que podemos emplear tal expresión sin ser irreverentes); por lo tanto, estas figuras son la pintura grosera y material del cuerpo causal de un Adepto del tipo particular á que pertenecía aquel gran ser. También es muy notable ver que los rasgos del Aura de salud están marcados en algunas de aquellas figuras primitivas. Si es imposible tratar de pintar el cuerpo causal del Maestro, no será inútil dar una idea, lo más aproximadamente posible, de las dimensiones y del aspecto relativos del cuerpo causal de uno de Sus discípulos más avanzados, la de un hombre que ha alcanzado el cuarto grado en el sendero; esto es, la de un Arhat, si se adopta la terminología de los libros orientales (véase *Protectores invisibles*). Esto es lo que se ha tratado de hacer en la lámina XXVI.

Mas la imaginación del lector, deberá suplir la insuficiencia de esta figura por un esfuerzo más grande aún que los de costumbre. En efecto, los colores de este cuerpo causal están caracterizados por dos cualidades opuestas que nos es imposible

conciliar en el plano físico. En primer lugar, son notablemente más delicados y más etéreos que ninguno de los que precedentemente hemos descrito; además, son al mismo tiempo muchísimo más intensos, más brillantes y más luminosos. Hasta que hayamos aprendido á pintar con fuego en lugar de colores sólidos ó líquidos, permaneceremos encerrados en un indescifrable dilema: si intentamos representar la intensidad y la riqueza de las tonalidades de este vehículo, caeremos en lo pesado y opaco; si tratamos, por el contrario, de aproximarnos á la admirable transparencia y luminosidad del original, nuestros colores carecen por completo del maravilloso tinte vívido, y de esta complejidad de matices que le caracteriza. Puesto que hemos hecho un esfuerzo para dar una idea de la forma ovoide y de la transparencia de los otros cuerpos causales, tal vez será mejor ahora que nos limitemos á representar la riqueza de colorido, la disposición general y las dimensiones relativas del vehículo del Arhat. Pero no lograremos tal resultado, sino por el procedimiento de reducir en gran manera en nuestra pintura la dimensión del cuerpo físico; pues, si nos atenemos á las proporciones adoptadas precedentemente, la representación del cuerpo causal del Arhat ocuparía algunos metros, tanto en longitud como en anchura. Así pues, nos vemos obligados á reducir considerablemente el diseño de la forma física, á fin de que el cuerpo causal, disminuido en la misma proporción, no exceda de las dimensiones de una lámina doble. Como quiera que sea, una pintura semejante puede tener tan solo una utilidad: la de ayudarnos á formar una idea del vehículo superior del Arhat, que seguramente será lo más cercana posible á la realidad.

Si examinamos esta figura, dos cosas nos sorprenderán desde el primer momento: el admirable desarrollo de las más elevadas cualidades, que son la inteligencia, el amor y la devoción; además, la gran simpatía y la sublime espiritualidad que atestiguan. La poderosa expansión del poder divino que hemos observado ya en la lámina XXI, se encuentra aquí extraordinariamente multiplicada, puesto que en la personalidad del Arhat, el hombre se ha convertido en un canal que puede dejar paso casi expedito á la vida y al poder del Logos. No solamente irradia de él la luz blanca, sino que también todos los matices del arco iris cabrillean á su alrededor como los cambiantes y tornasolados tonos del nácar; resulta de este hecho, que todo aquel que se aproxima á esta aura luminosa, encuentra robustecidas sus más elevadas cualidades, sea cual fuere la naturaleza de ellas. Nadie puede acercarse á la esfera de acción de un Arhat, sin ser después más perfecto. El Arhat ilumina cuanto le rodea, á manera del sol; pues como el mismo sol, se ha convertido en una manifestación del Logos.

El cuerpo mental y el astral que van unidos al vehículo superior del Arhat, no tienen, por decirlo así, ningún color propio; no son, en cierto modo, sino el reflejo del cuerpo causal, su repetición en octavas inferiores; estos cuerpos manifiestan espléndidos matices de los que ninguna opalescencia alabastrina o nacarada nos podrían dar idea. Nuestro estudio de los vehículos del hombre, habitualmente invisibles, nos habrá enseñado á lo menos una cosa: que el Yo verdadero, está constituido por ellos, y no por la aglomeración de materia física concretada en su centro, á la cual neciamente concedemos una importancia que poco merece. y conviene aún determinar bien, que en realidad, al Hombre Verdadero (es decir, la trinidad divina que está en nosotros) no podemos percibirlo.

Pero cuanto más se perfecciona nuestra percepción y nuestro conocimiento, nos acercamos más á aquello que revela á Dios mismo, ó al hombre verdadero en nosotros. Ahora, el cuerpo causal, es el vehículo más elevado accesible á nuestra percepción; el cuerpo causal nos dará, pues, la más exacta concepción del hombre verdadero. Si nos colocásemos en el plano mental inferior, para considerar al hombre en sí mismo, no podríamos ver naturalmente de él más que aquello que se manifiesta por medio del

cuerpo mental, ó sea la expresión de la personalidad. Si lo examinamos en el plano astral, veremos que ha sido nuevamente velado, y que no se puede descubrir del hombre más que lo que se vislumbra á través del cuerpo de deseos. Por último, en el plano físico es aún peor; el hombre verdadero se encuentra más oculto que nunca.

El conocimiento de esto, puede inducirnos á sentir un poco más de amor hacia nuestros semejantes, haciéndonos comprender cuán superiores son siempre, á lo que aparentan ser ante nuestros sentidos físicos. Las potencialidades más elevadas, están ocultas y dormitan en lo íntimo de su naturaleza, y muchas veces bastaría tan solo evocarlas para que surgiesen de su adormecimiento y se manifestasen al exterior. Después de haber estudiado al hombre tal como es, nos sería mucho más fácil penetrar á través del espeso velo de la materia, e imaginarnos la brillante realidad que se oculta tras del mismo. Nuestra fe en la humana naturaleza, se acrecentará á medida que comprendamos mejor su relación con la divina, y ayudaremos más fácil y eficazmente á los hombres, nuestros hermanos, cuando estemos bien penetrados de la certeza de que ellos y nosotros no constituimos más que uno.

Si la divina luz brilla más pura en nuestra frente, no es más que para iluminar mejor á nuestros hermanos; y si ocupamos en la escala del progreso un lugar un poco más elevado, es únicamente para que podamos tenderles una mano compasiva y atraerlos hacia el objeto que todos deben alcanzar.

Cuanto mejor comprendamos el plan evolutivo cuya manifestación acabamos de estudiar, mejor comprenderemos también el verdadero y sublime sentido del sacrificio del Logos y es esto tan hermoso, tan perfectamente superior á todo cuanto nuestro pensamiento puede concebir, que basta haberlo entrevisto una vez para entregarse eternamente al cumplimiento del Acto inconmensurable. Sin duda, ¡ay!, cooperamos en humilde medida á esta obra divina; pero ¿qué importa? Aquel que trabaja con Dios trabaja para la eternidad, y no para el tiempo; y eones tras eones, á través de las infinitas profundidades del Porvenir, nada prevalecerá jamás contra su obra.

Notas

- (1) Véanse láminas adjuntas XXIV y XXV.
- (2) Véase “El Plano Astral y el Devachán”, por C. W. Leadbeater. (N. del T.)
- (3) Obra publicada por la “Biblioteca Orientalista” (N. Del T.)
- (4) En términos teológicos, se llama procesión del Espíritu Santo, á la eterna manifestación del Santo Espíritu, procedente del Padre y del Hijo. -E. Littré (Diccionario).
- (5) Véase “El Credo Cristiano” del mismo autor.
- (6) La duración de un Manvántara.
- (7) Obra del mismo autor, traducida al español. (N. del T.)
- (8) Eclesiastés, cap. III, 21.
- (9) Cita extractada del Credo de Atanasio.
- (10) Reencarnación, por A. Besant. Traducido al español. (N. del T.)
- (11) Todos los actos efectuados por medio de los sentidos físicos.
- (12) Las imágenes fueron realizadas por el Conde Mauricio Prozor y copiadas por Gertrudis Spinck a fin de ser editadas.
- (13) Posteriormente se editó un libro llamado “Formas de pensamiento” por Leadbeater y Besant.

**LAS IMÁGENES COMPLEMENTARIAS A ESTE TEXTO ESTÁN
DISPONIBLES EN LA BIBLIOTECA UPASIKA**

www.upasika.tk

